

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

Alejo I Comneno (1048-1118): Estadista, soldado y emperador. Volumen I: El camino hasta la corona imperial.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

<http://imperio bizantino.wordpress.com/>

Extracto: *Hacia el año 1080 los turcos selyúcidas golpeaban a las puertas de Europa habiendo conquistado las grandes ciudades romanas de Anatolia: Cesarea, Amasea, Iconio, Nicea y Esmirna. En el otro extremo del Imperio, los normandos de Roberto Guiscardo se aprestaban para acometer al Imperio desde Epiro y un poco más hacia el Norte, los pueblos de las estepas pillaban a voluntad las aldeas del thema de Paristrion. Hacía falta la mano sabia y experimentada de un hombre que salvara a Bizancio del ocaso iniciado tras la muerte de Basilio II, proceso que se había acelerado tras la crucial derrota de Mantzikert (1071). La familia de los Comneno no solo entregaría a un patriota para ocuparse de la gran empresa restauradora, sino también a uno de los más valiosos emperadores bizantinos: Alejo I (1081-1118). El presente trabajo se ocupa, entre otras cosas, del estudio de las causas y hechos que condujeron a la abdicación de Nicéforo III Botaniates a favor del Comneno.*

Alejo I Comneno (1048-1118): Estadista, soldado y emperador. Parte I: al borde del abismo (1071-1081).

Ana Comneno y “La Alexiada” en tanto que principal fuente documental:

“Al contarlos, vengo no con el interés de ofrecer una cierta muestra de mi pericia literaria, sino para que tamaña gesta no sea legada sin testigos a los que nos seguirán; dado que incluso las más grandes obras, si de alguna manera no se conservan a través de la narración histórica y se entregan a la memoria, se apagan en la sombra del silencio. Era pues mi padre, como los hechos mismos demostraron, experto en mandar y en obedecer, cuando es preciso, a los que mandan”¹. Ana Comneno, hija de Alejo I, es sin lugar a dudas la principal fuente historiográfica sobre el reinado de este emperador, como Miguel Psellos o Miguel Atalates lo fueron de sus antecesores, Romano IV Diógenes y Miguel VII Ducas, entre otros.

¹ Ana Comneno, “La Alexiada”, Proemio II.1.

“*La Alexiada*” es una obra que reviste una importancia trascendental por varios motivos: en primer lugar se trata de un documento de primera mano para conocer la situación del Imperio en el lapso de tiempo comprendido entre la batalla de Mantzikert (1071) y el derrocamiento de Nicéforo III Botaniates (1081). Así pues, mientras Miguel Psellos en su “*Cronografía*”² pone especial énfasis en los hechos relevantes que caracterizaron los sucesivos reinados de Romano IV Diógenes, Miguel VII Ducas y Nicéforo Botaniates³, Ana Comneno, en cambio, se concentra en relatar los mismos hechos pero desde la óptica familiar, esto es, ubicando como protagonistas a sus parientes y en especial a su padre. En segundo término, el valor de “*La Alexiada*” está dado como fuente indispensable para conocer la mentalidad e ideología de una de las dos facciones, la aristocracia militar, que pugnaba por el control del poder en el seno de la corte de Constantinopla (Miguel Psellos vendría a ser algo así como el vocero del partido opuesto, los “*Civilistas*”). Y finalmente, la obra es el único testimonio que recoge la visión bizantina acerca del fenómeno de la Primera Cruzada, lo que no es poca cosa si se considera la inexistencia de fuentes árabes completas, por citar documentos que no sean de procedencia latina, de por sí, abundantes⁴.

Fruto de la unión entre Alejo Comneno e Irene Ducas, Ana escribió sus memorias cerca del final de su vida, cuando por el trono bizantino ya había desfilado no solo su padre, Alejo I, sino también su hermano, Juan II (1118-1143), hallándose por entonces su sobrino, Manuel I (1143-1180), dirigiendo los asuntos estadales con mano de hierro. Aspirante a los más altos cargos y dignidades como primogénita y por haber nacido en la púrpura, nunca pudo sin embargo superar el trauma que significó para ella quedar relegada en la línea sucesoria por su hermano menor, Juan. Prometida primero a Constantino Ducas, hijo de Miguel VII Parapinaceo, y casada luego con Nicéforo Brieno, la princesa bizantina llegó inclusive a complotar contra Juan con el fin de entronizar a su marido, quien finalmente no se prestó a sus ambiciosos planes, manteniéndose leal al emperador.

Con todo lo que implicó Alejo como padre y héroe épico para la historiadora bizantina en términos de subjetividad, “*La Alexiada*” puede considerarse como una pieza fundamental para conocer primero y entender después la difícil coyuntura por la que atravesaba el Imperio a finales del siglo XI. De allí su importancia en tanto que fuente de consulta permanente para dicho período.

Los primeros pasos de Alejo en el ejército imperial.

Según consta en el Libro I de “*La Alexiada*”, Alejo comenzó su carrera militar bajo el reinado de Romano I Diógenes, y es muy probable que haya acompañado a dicho emperador en sus dos primeras campañas contra los turcos selyúcidas. No obstante, también Ana se ocupa de aclarar que no tomó parte en la tercera expedición, la misma que acabó en desastre en el campo sangriento de Mantzikert: “*el soberano Diógenes no cedió en aquella oportunidad a sus deseos de acompañarlo, porque un*

² Traducida como “*Vida de los Emperadores de Bizancio*”.

³ “*Cronografía*” comprende los reinados que se sucedieron desde Basilio II Bulgaróctonos.

⁴ Entre las fuentes latinas se destacan “*Historia Francorum qui ceperunt Jerusalem*” de Raimundo de Aguilers, “*Gesta Francorum et Aliorum Hierosolimitorum*” de autor anónimo (probablemente un secuaz de Bohemundo), “*Gesta Francorum Iherusalem Peregrinantium*” de Fulquerio de Chartres, “*Anales de Génova*” y “*De Liberatione Civitatum*” del genovés Caffaro, entre otras.

dolor muy profundo tenía sobrecogida a la madre de Alejo. Lloraba la muerte reciente de su hijo primogénito, Manuel, varón que había sido protagonista de grandes y admirables hazañas para el imperio de los romanos. Y para que ella no se quedara sin consuelo, al dejar ir a uno de sus hijos a la guerra sin saber aún dónde iban a enterrar al otro, y temiendo que el joven sufriera alguna funesta desgracia y no supiera ella en qué tierra había caído, por todas esas consideraciones el emperador obligó al joven Alejo a regresar junto a su madre”⁵.

Recién en los primeros años del reinado de Miguel VII Ducas (1071-1078) es cuando la fama de Alejo trasciende el mero ámbito del cuartel para comenzar a cosechar elogios en la corte y entre los acólitos del nuevo emperador. Lo cual en cierta manera es razonable dada la falta de generales virtuosos y, por sobre todo, leales, observada en general tras el encumbramiento del partido burócrata y senatorial y, en particular, después de la guerra civil sobreviniente a la deposición arbitraria de Romano IV Diógenes en beneficio de Miguel VII.

Al descalabro de la autoridad imperial que tuvo lugar en Anatolia tras Mantzikert y luego del breve interregno de guerra civil, siguió un período de franca efervescencia caracterizado por las revueltas y el descontrol. En el Este, los selyúcidas y las tribus turcomanas que usualmente les seguían a regular distancia, empezaron a avizorar el caos reinante allí donde antes habían proliferado los estratotas bizantinos. Aunque Alp Arslan había fallecido en 1072, los invasores hallaron en la figura de uno de sus primos, Suleimán ibn Kutulmish, a la persona que habría de liderarlos en la conquista de los antiguos themas orientales. Pero además de Suleimán había entre los recién llegados otros príncipes de menor jerarquía aunque con ambiciones que no lo eran tanto: Danishmend, Chaka y Menguchek. Con tantos postulantes dispuestos a quedarse con los territorios de Asia Menor, a Miguel VII no le quedó otra alternativa que llamar en su ayuda al poco confiable general Roussel de Bailleul⁶, llamado Urselio por Ana Comneno. Y como antes sucediera en Mantzikert con Romano, ahora tendría lugar una nueva y flagrante traición por parte del experimentado normando. No es de extrañarse. Miguel habría sido un valioso basileo al estilo de León VI el Sabio, mas ésta no era la época propicia para un emperador sin ambiciones ni dotes militares. En este sentido, la mejor definición acerca de la humanidad del basileo nos la regala Miguel Psellos en su “Cronografía”: *“Alguien podría tal vez preguntar cuáles son las ocupaciones propias del Imperio a las que se dedica este joven, o bien cuáles son las pasiones juveniles en las que el emperador sobresale. Pues bien, le interesan los libros de todo tipo de doctrina, las características del estilo culto, los aforismos laconios, los gnomologios, la elegancia en la composición, la variada presentación de los discursos, la alternancia de figuras, la innovación formal, la configuración poética del estilo y, por encima de todo esto, le atrae el amor por la filosofía, la elevación anagógica, la conversión alegórica, y las demás interpretaciones del discurso”*.

Algunas consideraciones respecto de la familia Comneno.

Antes de proseguir es preciso realizar algunas consideraciones respecto de la familia a la cual pertenecía Alejo para ayudar a comprender la naturaleza “nepotista”

⁵ “La Alexiada”, Libro I, 1.

⁶ Un normando que había abandonado a Romano IV Diógenes en vísperas de la batalla, a la cabeza de una sección considerable del ejército imperial.

del futuro basileo, cimentada en gran medida por el entorno y la atmósfera especialmente complicada en la que se hallaba inmerso el Imperio de Oriente promediando la segunda mitad del siglo XI. Alejo I Comneno era miembro de una noble familia cuyo acceso a los más altos estratos sociales había acontecido bajo el reinado de Basilio II Bulgaróctonos (976-1025). Entonces, Manuel Comneno, cuya ascendencia vlaquia ha sido postulada por Steven Runciman en su primer volumen de *“Historia de las Cruzadas”*, había logrado descollar entre los cuadros castrenses del gran emperador macedónico, siendo recompensado con tierras en la zona de Paflagonia, adonde el valeroso soldado levantaría el Castra Comnenon, esto es, Kastamuni. La herencia de Manuel sería recogida por sus dos hijos, Isaac y Juan, tío y padre de Alejo respectivamente. En 1057 Isaac llegaría incluso a ocupar el trono de Bizancio, pese a la oposición del partido de los senadores y burócratas.

Miguel Psellos se refiere al tío de Alejo como un basileo resuelto y dinámico: *“Cuando todavía no había escupido el salitre marino y recobrado el aliento, enseguida empezó a gestionar la administración civil y militar del imperio, consumiendo en estas preocupaciones lo que aún quedaba de día y la noche entera”*⁷. Con todo, Isaac no retuvo mucho tiempo el poder y finalmente abdicó en 1059, tras dos años de extenuante reinado caracterizados, entre otras cosas, por los enfrentamientos con Miguel Cerulario⁸ y una guerra intermitente aunque onerosa en la frontera danubiana contra húngaros y pechenegos. Vistiendo el hábito de monje, se retiró finalmente al monasterio de Estudio luego de ofrecerle en vano el trono a su hermano Juan. Pero Isaac en un último gesto altruista para con el Imperio y sus súbditos, logró imponer como sucesor a Constantino Ducas (1059-1067), miembro de la facción rival de los civilistas. Entregando a su familia al cuidado del clan Ducas, el primer soberano Comneno, además de intentar armonizar las diferencias entre militares y burócratas estaba abriendo sin saberlo las puertas para la entronización en el poder de su propia familia.

Juan Comneno, entretanto, se había casado con Ana Dalaseno, integrante del poderoso linaje homónimo, con quien había tenido tres hijos: Manuel, Isaac y Alejo⁹. Todos ellos sin excepción fueron instruidos en el arte de la guerra y muy pronto se revelaron como valerosos soldados; tanto Isaac como Alejo no tardaron en desarrollar capacidades especiales para la táctica y la estrategia, sin mencionar la diplomacia. Manuel, por su parte, perdería la vida durante las campañas de Romano IV Diógenes contra los turcos selyúcidas (probablemente hacia 1069)¹⁰.

Sería obra de Ana Dalaseno, al cabo, la alianza o mejor dicho, la consolidación de la alianza entre las familias Ducas y Comneno, cuestión que se lograría gracias al matrimonio arreglado de Alejo, su tercer hijo, e Irene Ducas, nieta del César Juan Ducas e hija de Andrónico, el traidor de Mantzikert. De esta curiosa relación devenida más que nada de las necesidades de supervivencia y conservación, entre miembros del partido civil (los Ducas) e integrantes de la aristocracia militar (los Comneno), saldrían todos

⁷ *“Cronografía”*, Libro X, VII. 44.

⁸ Patriarca entre 1043 y 1058.

⁹ Existe cierta oscuridad en torno a la fecha de nacimiento de Alejo. La confusión se suscita principalmente por que Ana Comneno asevera que su padre contaba tan solo catorce años de edad para la época de la tercera campaña de Diógenes contra los selyúcidas (la misma que terminaría con el desastre de Mantzikert, en 1071).

¹⁰ La familia al completo estaba integrada por cinco hijos y tres hijas, en el siguiente orden secuencial: Manuel, María, Isaac, Eudocia, Teodora, Alejo, Adriano y Nicéforo.

aquellos aspectos que harían del siglo XII uno de los períodos más peculiares en la profusa y dilatada vida del Imperio.

Comisionado para combatir a los turcos: Roussel de Bailleul.

El reinado de Miguel VII Ducas fue un periodo tanto de disgregación militar como de consolidación de la influencia del partido de los burócratas. Miguel Psellos, uno de los consejeros más influyentes durante los primeros tiempos de dicho reinado, no nos sirve en este punto como fuente historiográfica puesto que su libro dedicado al susodicho emperador, el último de "*Cronografía*", tiene más características de panegírico u obra por encargo, que de verdadera historia. Lo que es más, el otrora afamado político fue pronto desplazado en beneficio de un oscuro personaje de humildes orígenes, llamado Niceforitzes¹¹ (antiguo gobernador de Antioquia a instancias de la emperatriz Eudocia). George Ostrogorsky, en su obra "*Historia del Estado Bizantino*", pág. 340, se refiere a este suceso con las siguientes palabras: "*Fue precisamente durante el gobierno de su discípulo cuando Psellos, que hasta entonces, por encima de todo cambio, había sabido aumentar su influencia de gobierno en gobierno, y con quien la dinastía Ducas tenía una gran deuda, y a quien Miguel le debía todo, hubo de ver la ruina de su carrera. La voluntad dominante del logoteta Niceforitzes, bajo cuya influencia había caído totalmente el tímido emperador, logró eliminar tanto a Psellos como al César Juan Ducas*".

Sin embargo, el ostracismo de Psellos y su reemplazo por Niceforitzes, lejos de significar el resentimiento de la preponderancia del partido civil, tuvo el efecto contrario. El ambicioso y astuto logoteta comenzó a manejar hábilmente los hilos del gobierno imperial al punto que en un momento dado hasta el comercio de granos se había convertido en un monopolio estatal bajo el peso de sus regulaciones. La capital imperial pronto empezó a sufrir de carestía de cereales como consecuencia de la política de Niceforitzes, aplicada en todo momento a debilitar el poder de la aristocracia feudal en pos del fortalecimiento de un gobierno central atesorado siempre por la ideología civilista. En estas condiciones desesperantes y a poco de haberse producido el cegamiento del depuesto Romano Diógenes en el corazón de Bitinia, es cuando Roussel de Bailleul, el Urselio de Ana Comneno, fue convocado por Miguel VII para contener la marejada turca en Asia Menor.

No se trató de una elección feliz. El general normando era un osado comandante, pero había demostrado su poca integridad en vísperas de la batalla de Mantzikert, cuando acabó abandonado a Romano IV a su suerte mientras se evadía hacia el Oeste al frente de todas sus fuerzas. No obstante, con tan vergonzosa acción también había salvado a parte del ejército imperial, el mismo que ahora Miguel VII Ducas pretendía utilizar para devolver el orden perdido en Asia Menor. Pero el basileo, aunque filósofo, no comía clavos y en el último momento adosó a las fuerzas del normando un regimiento adicional bajo las órdenes de los hermanos Isaac y Alejo Comneno. Una

¹¹ Niceforitzes junto con Miguel VII Ducas fueron los artífices de un nuevo cuerpo militar o tagma, denominado Athanatoi o Inmortales, de inspiración ostensiblemente oriental, a juzgar por el nombre, si bien ya en los tiempos del basileo Juan I Tzimiscés (969-976) había existido un regimiento con igual nombre. Los Athanatoi de la época de Miguel VII reunían a todos los hombres, soldados y patriotas, privados de sus tierras por los turcos selyúcidas en Asia menor, siendo por tanto una unidad bizantina ciento por ciento.

extraña manera de reconocer a tan ilustres soldados, pues casi al mismo tiempo su primer ministro estaba acusando a Ana Dalaseno, la madre de ambos, de complotarse con Romano Diógenes en procura del trono.

La fuerza expedicionaria no era muy grande. A decir verdad las fuentes hablan de unos cuantos miles, incluyendo a unos 400 o 500 jinetes de procedencia franca y normanda. Ciertamente se trataba de una fracción insignificante del cuerpo original que abandonara el campo de Mantzikert sin siquiera cruzar un dardo con el enemigo. Con todo, de lo que no caben dudas, es que estaba compuesta por aquellos de los advenedizos más leales del comandante normando. Y esta no era una buena señal para los Comnenos que compartían el mando con Roussel de Bailleul.

El reducido ejército tomó probablemente la gran calzada principal que, saliendo desde Nicea, pasaba por Malagina y Dorileo internándose en los *themas* de Anatolikon y Capadocia. Al llegar a la ciudad de Iconio, Roussel de Bailleul juzgó que la campaña se había terminado y resolvió desertar una vez más, cabalgando junto a los suyos rumbo a la ciudad de Melitene. A Isaac y Alejo Comneno no les quedó más que cruzarse de brazos, y confiar en que Miguel VII no les tildase a ellos también como traidores. Regresaron pues con las manos vacías y sin haber visto a un solo turco en el camino.

Guerra contra latinos y turcos.

Que Roussel de Bailleul se levantara contra el emperador pretendiendo erigir un estado independiente en el corazón mismo de los territorios asiáticos del Imperio constituyó una afrenta que ni Miguel VII Ducas ni su logoteta Niceforitzes estaban dispuestos a dejar pasar. El problema para ambos en ese entonces era la crisis de elementos militares aptos en lo alto de la cadena de mandos, sin mencionar cuestiones tan importantes como la fidelidad y el acatamiento incondicional de las resoluciones estadales por parte de los jefes castrenses. Por eso, el regreso de Isaac y Alejo vino a ser algo así como una bendición para el desesperado basileo. Y no era para menos, dadas las numerosas pruebas de lealtad que ambos habían dado muestra hasta ese momento. A este respecto es preciso graficar con claridad la importancia de tales gestos y qué mejor que las palabras de Steven Runciman para explicarlo: *“La elección de Isaac fue hábil. Él y su hermano Alejo, que le acompañaba, pertenecía a la familia que más decididamente odiaba al clan de los Ducas; mas a pesar de las incitaciones de su madre permanecieron leales a Miguel durante su reinado y ambos dieron prueba de valor como generales”*¹².

Aunque entre ambos no superaran los cincuenta años de edad, Miguel VII Ducas les colmó de presentes y dignidades: Isaac fue proclamado general de los ejércitos de Oriente y Occidente¹³ mientras su hermano era elevado al cargo de lugarteniente. Los hechos se iban sucediendo a una velocidad vertiginosa entretanto: en ambos extremos del Imperio los enemigos atenazaban los territorios bizantinos como un cascanueces y había que adoptar medidas urgentes. Para la cuestión normanda (Roberto Guiscardo había terminado de expulsar de Italia al último gobernador imperial en 1071) Miguel VII Ducas se decidió por la diplomacia, prometiendo a su hijo Constantino como esposo

¹² Steven Runciman, “Historia de las Cruzadas”, Vol. I, pág. 76.

¹³ Acorde con Nicéforo Brieno, Isaac Comneno recibió los títulos de gran doméstico de Oriente y estratego autocrátor.

de una de las hijas de Roberto¹⁴. En tanto que para la cuestión de Oriente, el basileo se inclinó por el envío de una nueva fuerza que debería por un lado contender con el traidor normando y por el otro, con los turcos de Suleiman ibn Kutulmish.

La jefatura de este nuevo ejército fue nuevamente encomendada a los hermanos Comneno, que partieron sin dilaciones hacia el núcleo central de Asia Menor. Una vez más la ruta escogida para la ocasión fue aquella que, internándose hacia Capadocia, pasaba por la gran ciudad de Cesarea Mazacha, adonde las tropas acamparon extramuros, aprovechando los materiales de las arruinadas paredes de la ciudad como perímetro de protección¹⁵. Allí los hermanos se sentaron a estudiar la manera más práctica de erradicar la amenaza turca que pesaba sobre las ciudades de las inmediaciones. A pesar de que el problema personificado por Roussel de Bailleul y sus secuaces tenía prioridad por sobre cualquier otra cuestión, Isaac Comneno debió alterar sus planes al ser informado de una hueste selyúcida que avanzaba en dirección a Cesarea. Para ese momento los turcos habían descubierto que el tratado firmado con el depuesto Romano IV Diógenes era papel mojado y estaban por tanto decididos a resarcirse por la falta de cumplimiento demostrada por los bizantinos. Dicho en otros términos, Mantzikert empezaba a convertirse en el verdadero desastre que Romano Diógenes había casi desdibujado negociando con Alp Arslan en los días posteriores a la gran batalla.

En referencia a la batida que tuvo lugar en las proximidades de la capital de Capadocia, no se disponen de muchos detalles por que no hubo un cronista presente al estilo de Miguel Atalates en Mantzikert. No obstante, son varias las fuentes que aportan algo de información; por ejemplo Nicéforo Brienio nos dice que, puesto en aviso de la proximidad de una fuerza merodeadora turca, Isaac Comneno pretendió emboscarla durante la noche en las afueras de Cesarea. Pero al ser herido su caballo, el general bizantino cayó al suelo donde fue rodeado y hecho prisionero, mientras sus seguidores se entregaban a la fuga. Atalates, entretanto, sostiene que ni bien los bizantinos alcanzaron la posición de Cesarea, algunos escuchas pusieron en aviso a Isaac acerca de la inminente llegada de algareros turcos. En consecuencia, el general romano resolvió separar sus fuerzas, dejando una parte bajo el mando de Alejo en la ciudad, mientras él mismo, en medio de la noche, marchaba para emboscar a los selyúcidas, quienes finalmente le apresarían junto a varios de sus compañeros de armas.

La noticia y los detalles de la derrota de Isaac pronto llegaron a oídos de Alejo y acabaron desanimando la moral de sus seguidores, que terminaron desertando. El mismo Alejo, asistido por un servidor de nombre Teodoto pudo escapar por los pelos y cabalgar en dirección al fuerte de Gabadonia, donde fue recibido con honores por la guarnición. Algunos días mas tarde, en Ancyra (Ankara) se reuniría de nuevo junto a su hermano Isaac, a quien los turcos habían puesto en libertad a cambio de una considerable suma de dinero y de la entrega de rehenes. La frustrada aventura terminaría con el prematuro regreso de ambos hermanos a Constantinopla, luego de descansar durante tres días en Ancyra y otro tanto más en la casa solariega de un viejo conocido, en las proximidades del Sangario, cerca de Dekte.

¹⁴ Es importante detenerse en este punto para comprender una de las justificaciones empleadas por Roberto Guiscardo para invadir en los años siguientes el Epiro bizantino. Volveremos más adelante sobre este tema.

¹⁵ Despojos de un antiguo terremoto acorde con Nicéforo Brienio, que sitúa el lugar del campamento en el solar de la vieja ciudad.

Todos contra todos.

Entretanto, a la sombra de las escaramuzas entre turcos y romanos, Roussel de Bailleul continuaba aceitando su maquinaria bélica. Desde su desertión en Iconio, sus tropas habían ido creciendo en número gracias sobre todo a esa característica innata que poseen los líderes y que sirve como imán para atraer multitudes, llamada carisma. Así, pues, del núcleo original de trescientos jinetes el ejército de Roussel ahora casi rebasaba las tres mil almas. La fuerza se había ido nutriendo permanentemente de soldados francos y normandos recién llegados de Occidente o mercenarios retirados o desafectados de las filas bizantinas. En todo caso se trataba de un contingente temible a juzgar por la capacidad de sus integrantes como por la aptitud de sus cabecillas. Tanto más por cuanto hacia 1073 la gran ciudad de Amasea, capital del thema de Armeniakon, les había abierto sus puertas con júbilo, ávida de garantizarse una salvaguarda contra las continuas bandas de algareros turcos que barrían la campiña a voluntad.

En 1074 Miguel VII Ducas, siguiendo tal vez el consejo de su principal consejero, Niceforitzes, decidió que los normandos de Roussel representaban una amenaza para el Imperio mucho más grande que los turcos del emir Suleiman ibn Kutulmish, a quien Malik Shah¹⁶ le había encomendado la conquista de Anatolia. Fue un error de cálculo cuyas consecuencias no tardarían en manifestarse para desconuelo de los cristianos que vivían en el interior de Asia Menor. Reuniendo hombres de aquí y de allá, el basileo consiguió poner en pie un nuevo ejército, que colocó bajo el mando de su tío, el César Juan Ducas. Nicéforo Botaniates, kuropalate y duque del Anatolikon, y Basilio Maleses, protovestiaros, fueron anexados a la plana mayor para colaborar con el César, el primero mediante su experiencia militar y el segundo con sus conocimientos de números y logística.

La campaña, no obstante, no fue todo lo bien que había esperado el emperador. Ana Comneno se refiere al asunto de manera elíptica: *“Aunque les fuera confiada la guerra contra él (Urselio) a muchos generales famosos por su valentía y que aportaban abundantísima experiencia sobre la guerra y las batallas, éste evidentemente superaba la mucha experiencia de aquéllos. Ya fuera recurriendo al ataque directo, a la retirada y posterior ofensiva sobre sus adversarios con el ímpetu de un vendaval, ya fuera aceptando la alianza de los turcos era tan completamente irresistible cuando atacaba, que llegaba a hacer prisioneros a algunos de los personajes mas notables y poner tumultuosamente en fuga sus falanges”*¹⁷. Steven Runciman, por su parte, es un poco más directo y frontal: *“Al emperador, Roussel le parecía ahora un enemigo más peligroso que los turcos. Arañando de aquí y de allá para reunir tropas, las envió a su encuentro bajo las órdenes de su tío, el César Juan Ducas. Roussel se enfrentó con ellas cerca de Amorium, derrotándolas fácilmente y haciendo prisionero al César”*¹⁸.

La batalla del puente de Zompos, a orillas del río Sangario, no solo abrió los caminos de Asia Menor hasta Crisópolis, sino que también entregó en bandeja a Roussel la excusa ideal para justificar la creación del estado asiático que tanto le

¹⁶ Sultán selyúcida, hijo y sucesor de Alp Arslan, quien había muerto en 1072 en Transoxiana.

¹⁷ Ana Comneno, *“La Alexiada”*, Libro I, l.2.

¹⁸ Steven Runciman, *“Historia de las Cruzadas”*, Vol. I, pág. 76. El protovestiaros Maleses fue también capturado, no así Nicéforo Botaniates, que consiguió escapar con algunos soldados.

desvelaba. Dicho de otra manera, el general normando de pronto halló el medio legal para sustentar su pretensión territorial proclamando emperador a su sorprendido prisionero, quien sin embargo siguió “*luciendo*” cadenas.

Se puede encontrar una cierta similitud entre Zompos y Mantzikert, salvando las distancias entre una y otra como así también los rivales que se enfrentaron a las tropas imperiales. Y es que así como en el caso de Mantzikert fue la actitud indolente del partido civil, encabezado por Psellos y la familia Ducas, la que atrajo el desastre tras la deposición de Romano IV Diógenes, en el caso de Zompos fue la falta de criterio al momento de elegir las prioridades. Por que Roussel de Bailleul, con todo lo buen estratega y general que era, no representaba por lejos la amenaza que sí constituían los selyúcidas y las bandas de jinetes nómades que venían detrás. Mantzikert era la brecha que había abierto el dique, mas Miguel VII seguía sin advertir la inundación que estaba sumergiendo los territorios asiáticos bajo oleadas sucesivas de invasores mahometanos. No sorprendió, por eso, cuando una vez privado de recursos para una nueva aventura militar, se vio en la necesidad de recurrir a los turcos con tal de someter al vencedor de Zompos. En ese sentido no se le ocurrió mejor idea que ofrecer al emir la cesión formal de todos los territorios ya ocupados por éste.

Con el correr de los meses, a la vez que las dotes de administrador efectivo y soldado eficaz nunca tomaban forma bajo la silueta de Miguel VII, la situación en Asia comenzó a tornarse desesperada. Las comunicaciones entre las grandes ciudades estaban cortadas y la autoridad imperial solo se remitía allí donde había una guarnición numerosa para garantizar la gobernabilidad de una gran ciudad. Fue ni más ni menos lo que acontecía en Antioquia, donde gobernaba el general Isaac Commeno y en un puñado de urbes tales como Trebizonda, Nicea, Sínope y Esmirna. Entretanto, en las tierras del interior de la península ya no quedaban trazas de la autoridad del basileo. Como tampoco había ya un ejército regularmente constituido para frenar la marejada de selyúcidas y turcomanos que a diario se infiltraba en los antiguos *themas* orientales. A los problemas causados por las invasiones y la guerra civil se sumaba, para colmo de males, una acuciante crisis económica que reconocía numerosas causas: colapso fiscal en Oriente, monopolio estatal sobre el comercio de granos, precios en ascenso de la canasta básica de alimentos, devaluación de la moneda... en suma, un caos que haría que Miguel VII Ducas pasara a la Historia con el apodo de Parapinaceo, es decir, menos de un cuarto (debido a que el nomisma de oro perdió un veinticinco por ciento de su valor, bajo su reinado).

El final de la aventura normanda en Anatolia.

La petición formal de ayuda contra Roussel de Bailleul al principio fue considerada con cierto recelo por el sultán Suleimán ibn Kutulmish, quien no terminaba de entender muy bien las peleas domésticas de los bizantinos. No obstante, los términos del acuerdo venían a convalidar en los papeles la ocupación de hecho de las provincias orientales, por lo que el sultán selyúcida accedió a los deseos del basileo, no sin antes obtener la conformidad de su soberano, Malik Shah. Habiendo reunido un contingente considerable compuesto en su gran mayoría por caballería ligera, Suleimán lo despachó hacia el oeste, bajo el mando de uno de sus lugartenientes.

En Capadocia, en las proximidades del monte Sofón, el ejército franco-normando fue rodeado y diezmado por los arqueros turcos. Roussel, junto con un reducido grupo de advenedizos, consiguió abrirse paso entre las líneas enemigas y escapar en dirección a las tierras pónicas, adonde hallaría refugio en la ciudad de Amasea. No tardaría mucho en ganarse allí las simpatías de los amasianos debido sobre todo a su encanto personal y a su esbelta figura, características ambas que los bizantinos asociaban ineludiblemente a la imagen de sus amados héroes épicos, Aquiles y Héctor. Gracias a Homero, el general normando pudo establecerse cómodamente intramuros e inclusive empezar a frecuentar a un emir de las inmediaciones, el Tutac de Ana Comneno, con el fin de establecer una alianza con los turcos.

En Constantinopla, entretanto, Miguel VII recibía a los hermanos Comneno, a quienes los selyúcidas habían perseguido inclusive hasta las proximidades de Dekte. Con el César Juan Ducas bajo sospecha luego de que Roussel le proclamara emperador y Nicéforo Botaniates desacreditado a causa de la derrota del Puente de Zompos, la cuestión estaba clara para el basileo. Casi sin dilación designó estratopedarca¹⁹ a Alejo y le envió al thema de Armeniakon para capturar al general rebelde. Estaba claro que, al escasear las tropas, la misión dependía con exclusividad alarmante de la labia y del ingenio del tercer hijo de Juan Comneno y Ana Dalaseno. No habían pasado cincuenta años de la muerte de Basilio II, el conquistador de Bulgaria, cuando la omnipresencia del ejército imperial y la legislación antilatifundista sustentaban la gloria y el apogeo del estado bizantino. Por eso, ni en su peor pesadilla, un bizantino que hubiera vivido bajo la égida del Bulgaróctono se habría imaginado que, hacia 1074, el otrora poderoso estado dependía casi en exclusiva de la inventiva e ingenio de un hijo de aristócrata. Parecía hasta una mala broma luego de tantos años de legislar para que precisamente ello no sucediera.

El relato de las peripecias afrontadas por Alejo Comneno para neutralizar primero y reducir después a Roussel de Bailleul es narrado de modo magistral por Ana Comneno en *“La Alexiada”*. A juzgar por su relato, el estratopedarca debió explotar al máximo su perspicacia y trabajar a destajo con tal de compensar lo que ahora era evidente para cualquier enemigo grande o pequeño del Imperio: que solo había tropas para guarnecer la capital y algunas provincias europeas, pero nada más. *“Habiendo agotado hasta el límite todos sus recursos, Urselio tuvo un encuentro con Tutac, lo convirtió en amigo y le suplicó que suscribiera una alianza con él”* (*“La Alexiada”*, Libro I, II.1.). Alejo se dio inmediatamente cuenta del peligro que tal alianza suponía, por lo que se propuso como meta, por un lado, privar a Roussel del apoyo de los amasianos, y, por el otro, ganarle en la pulseada por conseguir la ayuda de Tutac. Estaba claro por entonces que los movimientos de Roussel habían perdido la fuerza inicial de su inercia y que ahora el general normando dependía de terceros para sostener sus aspiraciones.

Apelando a la diplomacia, Alejo demostró que por sus venas corría la sangre de un auténtico bizantino. Carlos Diehl escribe al respecto de ese brillante recurso utilizado por los funcionarios romanos: *“Y es cierto, en efecto, que los medios que empleó Bizancio, esa combinación de la acción política y la acción religiosa que fue durante toda la Edad Media la regla invariable de la cancillería imperial, produjeron admirables resultados”* (*“Grandeza y Servidumbre de Bizancio”*, pág. 53). El caso que

¹⁹ General en jefe con plena autoridad tanto en el campo civil como en el militar.

nos ocupa tampoco fue la excepción. Apelando a su costado político y derrochando pragmatismo y autosuficiencia, Alejo Comneno se entrevistó con Tutac llevando un mensaje tan claro como persuasivo: “*Son ambos, tu sultán y mi soberano, amigos mutuos. [...] Y persigue (Roussel de Bailleul) todos sus propósitos con artimañas, amparándose ahora bajo la sombra de tu fuerza, para en otro momento, cuando la ocasión se le presente favorable y se vea libre de peligros, dejarme en paz y levantar contra ti su mano desde el otro bando*”²⁰. Demás está decir que el trato se cerró previo compromiso asumido por el estratopedarca de pagar una jugosa suma de dinero a su nuevo amigo y aliado. Acorde con los usos y costumbres de la época, se entregaron rehenes que serían liberados por los turcos no bien el numerario se depositara en sus arcas bajo la forma de nomismas de oro.

Cumpliendo con su parte del trato, Tutac se aprovechó de la ingenuidad y de los apremios de Urselio para apresarlo y ponerle a disposición del funcionario imperial. Alejo, en cambio, chocó una vez más con otra cara de la persistente crisis: en Constantinopla Miguel VII Ducas no podía o no quería reunir la suma prometida al emir turco (Ana nos cuenta que el dinero que debía venir del emperador sufría las consecuencias de su desidia). Resuelto a finiquitar la cuestión, el estratopedarca se apersonó ante los amasianos, a quienes trató de convencer de aportar ellos mismo la suma requerida, para lo cual les habló de las ventajas que se derivarían del cautiverio del traidor normando. A continuación, y dado que la muchedumbre se mantenía expectante ante la oratoria de algunos detractores del plan de Alejo, el noble bizantino decidió jugarse la jornada en un original ardid. Mandó a traer a un supuesto verdugo y a Urselio; al primero le ordenó simular que le vaciaba las órbitas al prisionero, mientras que a Roussel le conminó a gritar y a vociferar como si el suplicio que iba a recibir fuese real. La estratagema surtió efecto de inmediato. Pronto los amasianos perdieron las simpatías por el héroe cegado y se apresuraron a poner el dinero para cancelar la deuda con Tutac, tal cual lo había convenido oportunamente el estratopedarca. Fue el final de la carrera de Roussel, aunque más tarde sería liberado y ayudaría a Alejo en sus siguientes campañas militares.

La aventura de Urselio causó una profunda impresión entre los bizantinos, al mismo tiempo que desalentó a los normandos a entrar como mercenarios en el servicio imperial, más que nada por que desde entonces aquéllos les tomaron como un peligro potencial. Italia había sido conquistada por normandos y fue un general normando quien pretendió establecer un principado independiente en el corazón de Capadocia. Los temores del bizantino medio estaban por tanto bien fundados. Y las consecuencias de tales suspicacias pronto se harían sentir inclusive en la composición de la guardia varega, que empezaría a ser reclutada entre los ingleses (a cuyo rey Haroldo II había matado un normando, Guillermo el Conquistador, en Hastings, ocho años antes).

La deposición de Miguel VII Ducas Parapinaceo.

Los dislates cometidos por Miguel VII y su logoteta, el influyente y astuto Niceforitzes, fueron el punto culminante de un proceso dominado por desastrosas decisiones tendientes a borrar para siempre la influencia de la aristocracia feudal. “*La característica principal de esta época es, sin embargo, el desmoronamiento de la*

²⁰ Ana Comneno, “*La Alexiada*”, Libro I, 2.2.

*potencia militar de Bizancio. El gobierno del partido civil, a fin de reducir en lo posible la preponderancia de la aristocracia militar, limitó los pertrechos del ejército sistemáticamente, y en su búsqueda de nuevo ingresos, transformó a los campesinos soldados en contribuyentes. No contento con el hecho de que una gran parte de los bienes de soldados hubieren sido víctimas del proceso feudalizador, los restantes estratotas recibieron autorización para, mediante el pago de una suma determinada, librarse del servicio militar. El ejército de los *themata* desapareció, e incluso la expresión *thema* como designación de las tropas del ejército provincial dejó de usarse a partir del siglo XI. [...] La decadencia de la organización *themática* no significaba otra cosa que la disolución del orden estatal que en los siglos anteriores había producido la grandeza de Bizancio”* (George Ostrogorsky, “*Historia del Estado Bizantino*”, págs. 327 y 328). George Ostrogorsky traza en dicho párrafo una pincelada acerca del panorama existente en la época de Constantino IX Monómaco (1042-1055). Nos podemos imaginar a partir de dicho esbozo cuál era la situación veinte años después, reinando Miguel VII Ducas. Por ello no sorprende que estallaran finalmente revueltas militares a consecuencia del descontento que tanta postergación había alimentado en el seno de dicha clase.

Hubo tres levantamientos producidos casi simultáneamente entre finales de 1077 y comienzos de 1078, uno en las provincias residuales de Oriente, y los restantes en los Balcanes. En todos los casos, los cabecillas pertenecían a la aristocracia militar: Nicéforo Brienio y Nicéforo Basilacio, dos sobrevivientes de Mantzikert, representaban al brazo europeo de la misma, y Nicéforo Botaniates, que gobernaba en el *thema* de Anatolikon, era uno de los exponentes más auténticos del brazo asiático. La rebelión de Brienio tuvo como epicentro el *thema* de Dirraquio, sobre el litoral epirota mientras que la de Basilacio fue más que nada inducida por la anterior, cuando Miguel VII Ducas le comisionó para reemplazar al primero en la administración del ducado. Basilacio y Brienio se encontraron en Tesalónica donde, probablemente luego de un breve enfrentamiento, el primero aceptó plegarse a la rebelión de su rival. A partir de allí, y con la asistencia del hermano de Brienio, Juan, marcharon juntos hacia Constantinopla, para deponer a Miguel VII. Sin embargo, al llegar a los arrabales de la capital, se dieron con que Botaniates les había ganado de mano, poniendo a la población de su lado.

Nicéforo Botaniates, por su parte, había estado gobernando el *thema* de Anatolikon desde la derrota del Puente de Zompos. Como integrante del partido latifundista y militar no se mostraba conforme con las resoluciones que se adoptaban en Constantinopla y tenía la ventaja sobre Brienio, de una cuna más noble. Su revuelta encendió la alarma entre los burócratas que persuadieron al basileo para comprar la ayuda de los selyúcidas. Pero Botaniates fue mejor negociante; al convencer a los emires turcos para que le apoyaran selló la suerte de Miguel VII en Constantinopla. Su gesta, sin embargo, vino a cerrar dramáticamente el capítulo que se había iniciado en Mantzikert, siete años antes. Como Botaniates era un general al frente de un ejército compuesto casi exclusivamente de turcos, su avance hacia la capital estuvo signado por el establecimiento de guarniciones musulmanas en las grandes ciudades asiáticas que iba ocupando: Cízico, Nicea, Nicodemia, Calcedonia y Crisópolis²¹. Tan solo unos meses después tal desatino pasaría una factura gravosa al Imperio, estando el mismísimo Botaniates sentado en el trono.

²¹ Steven Runciman, “*Historia de las Cruzadas*”, Vol. I, pág. 78.

Como ya se ha señalado antes, la deposición de Miguel VII solo era cuestión de tiempo. Había simpatizantes de los revoltosos puertas adentro de la capital y entre éstos eran mayoría aquellos que preferían el gobierno del candidato oriental. Por eso no sorprendió cuando, al conocerse la ocupación de Nicea por Botaniates, en Constantinopla un levantamiento del populacho obligó a Miguel VII a renunciar a la corona e internarse en el monasterio de Studio²². La revuelta de Botaniates, que se había iniciado de manera abierta con su proclamación como emperador el 7 de enero de 1078, terminó con su entrada triunfal en la capital imperial, el 24 de marzo, mientras Brieno desquitaba su furia casi al pie de las murallas.

La guerra de los Nicéforos.

El primer paso de Nicéforo III vistiendo la púrpura imperial fue casarse con María de Alania²³, la esposa de Miguel VII Ducas, una situación que debió contar seguramente con la complicidad del patriarca de Constantinopla, dado que el Parapinaceo aún estaba vivo. El segundo y no menos importante, era un asunto que tampoco podía esperar por el peligro que implicaba para la autoridad del usurpador. Nicéforo Brieno se había proclamado emperador hacia finales de 1077 y aún deambulaba por las tierras de Tracia. Botaniates debía eliminarle cuanto antes si quería tomar el toro por las astas en la tercera cuestión que aún se mantenía irresoluta: el hundimiento de Asia Menor ante la marejada turcomana.

Otra vez como sucediera bajo el reinado de Miguel VII Parapinaceo, el general escogido para apagar el incendio fue Alejo Comneno. Y otra vez Alejo respondió de la misma manera que lo había hecho bajo el antecesor de Botaniates: con lealtad hacia el basileo, responsabilidad para con su cargo, y sabiduría respecto a la acuciante situación que atravesaba el Imperio. Quizá para tranquilizar su propia conciencia o tal vez como política dadivosa de Estado, para ganarse apoyos, Nicéforo III le concedió el título de doméstico de los escuelas, es decir, jefe militar de uno de los regimientos de la guardia imperial que tenía su base en la propia Constantinopla. Se trataba sin ninguna duda de un nombramiento que tenía más efecto nominal que otra cosa, ya que las fuerzas armadas del Imperio estaban en franco estado de descomposición. En Asia Menor las únicas tropas nativas estaban esparcidas desde el Egeo hasta el norte de Siria, y ya no constituían un elemento disuasivo para los turcos. Tampoco se ajustaban a las expectativas de ningún nuevo candidato al trono al estilo del propio Botaniates, por lo que al menos se podía estar tranquilo por este lado. En Europa, entretanto, Nicéforo Brieno había congregado bajo sus estandartes a la totalidad de los ejércitos balcánicos, que habían posibilitado al antiemperador hacerse con el control de las grandes ciudades de Dirraquío, Tesalónica y Adrianópolis. Nadie mejor que la historiadora Ana Comneno para graficar el desalentador panorama: “*Le quedaban (a Alejo) algunos inmortales (miembros del tagma de los Athanatoi) que, como quien dice, ayer mismo habían empuñado lanza y espada, unos pocos soldados de Coma y un ejército celta con unos pocos hombres*”²⁴. Como reaseguro, por si la empresa de Alejo fallaba o se complicaba, Nicéforo volvió a recurrir una vez más a Suleimán ibn Kutulmish.

²² “El soberano Miguel Ducas acababa de ser depuesto del trono y de vestir en lugar de la diadema y la corona, la indumentaria talar y la epómide arzobispal”. Ana Comneno, “*La Alexiada*”, Libro I, IV, 1.

²³ Marta, como se llamaba en realidad (había sido rebautizada como María en Bizancio), era hija del rey de Georgia, Bagrat IV.

²⁴ “*La Alexiada*”, Libro I, 4.4.

Sin margen de tiempo para esperar los refuerzos turcos comprometidos debido al veloz avance de Brienio, Alejo salió de Constantinopla al frente de su exigua fuerza, probablemente azuzado por Botaniates y sus generales. Ana Comneno nos refiere el hecho con las siguientes palabras: “... mientras llamaban a los aliados turcos, los generales del emperador le ordenaron partir y enfrentarse a Brienio, confiando no tanto en el ejército que lo seguía, como en la inteligencia del hombre y su habilidad para hacer frente a guerras y batallas”²⁵. Sin embargo, considerando el insalvable obstáculo que representaban para Brienio las formidables murallas de Constantinopla, habría que preguntarse en este punto la razón real de tanta premura. ¿Era tan delicada la situación en Tracia como para postergar la amenaza turca en Asia Menor? Y lo que es más, ¿Compensaba la eliminación de Brienio el sacrificio de uno de los pocos generales capaces sino el único, para el caso de que las cosas salieran mal?

No tenemos por qué dudar de las aseveraciones de Ana Comneno. Alejo, su padre, ya había dado muestras claras de su capacidad de mando y de su proverbial inteligencia. El hombre, además, combatía al estilo épico de Alejandro Magno o Marco Aurelio, yendo siempre al frente de sus tropas, lo que no era poca cosa si se considera que el Imperio había vuelto a depender casi exclusivamente de mercenarios. Había, pues, otra razón que, sin desmerecer o socavar la ya descrita, se aprovechaba de ella con tal de pasar desapercibida a los ojos de quienes no estaban enzarzados o familiarizados con las disputas de clanes que sacudían a la corte bizantina. La analizaremos con detenimiento, puesto que será clave para entender, más adelante, la invasión normanda dirigida por Roberto Guiscardo, que tuvo lugar al acceder Alejo al poder.

La trama oculta tras la ascensión al trono de Nicéforo III Botaniates.

La auto-proclamación como emperador de Nicéforo Botaniates, que tuvo lugar en el thema de Anatolikon, probablemente en Amorium, hacia principios de 1078, y el ulterior apoyo de la población capitalina, supusieron un conflicto de intereses para Alejo. La esposa del afamado general, como ya se ha citado antes, era Irene Ducas, hija de Andrónico Ducas²⁶ y de María de Bulgaria²⁷, y, por tanto, sobrina segunda de Miguel VII Parapinaceo. Alejo había contraído matrimonio con ella al promediar la primera mitad del año 1078, cuando arreciaban las rebeliones militares y las razzias turcas, como una manera de limar asperezas entre la familia del ex emperador Isaac Comneno y el clan de los Ducas, dicho de otra manera, aristocracia militar y nobleza civil.

Miguel VII Ducas, casado con María de Alania, había por su parte engendrado a Constantino Ducas (1074-1093), de cuyo matrimonio arreglado con Helena, la hija de Roberto Guiscardo, y a formalizarse en un futuro no muy lejano, se esperaba, entre otras cosas, una solución pacífica para la frontera occidental. La irrupción de Nicéforo Botaniates vino a alterar dramáticamente la situación. Aunque los derechos del hijo de Miguel VII permanecieron incólumes, el usurpador negó sistemáticamente en su propio beneficio aquéllos que podrían haber entronizado al poder tanto a Constantino²⁸, uno de

²⁵ “*La Alexiada*”, Libro I, 4.4.

²⁶ Andrónico Ducas, el padre de Irene, era nieto del primer gobernador de Bulgaria, llamado también Andrónico (980-1029), e hijo del César Juan Ducas.

²⁷ María, la madre de Irene Ducas, era a su vez nieta del zar de Bulgaria, Juan Ladislao (1015-1018).

²⁸ No confundir con el hijo de Miguel VII y María de Alania, llamado también Constantino.

los hermanos del basileo depuesto, como a alguno de los parientes de Isaac I Comneno, el antecesor del Parapinaceo. El descontento de Alejo Comneno, que en un principio bregó para que tales derechos fuesen respetados, no pasó desapercibido para Nicéforo Botaniates, que acababa de convertirse en esposo de María de Alania y padraastro de Constantino Ducas. Por lo pronto, el joven general fue apresado aunque bien pronto el basileo se desdijo de la orden impartida, cuando apareció la excusa ideal para eliminarle.

A través de la desconfianza de Botaniates puede explicarse entonces la premura del usurpador por despachar a Alejo, sin los refuerzos prometidos, para batirse con Nicéforo Brienio. En última instancia, y si había suerte, el Comneno acabaría sus días en el campo de batalla sin que Botaniates tuviera que ensuciarse siquiera las manos. Pero es aquí donde la habilidad y la inteligencia de Alejo echaron por tierra con sus planes.

“Pero Alejo, al enterarse de que el enemigo avanzaba imparable, sin esperar a que se ultimara la alianza con los turcos salió de la emperatriz de las ciudades (Constantinopla) tanto él como sus hombres perfectamente armados y, cuando hubo llegado a Tracia, acampó en torno al río Halmiro, sin foso ni empalizada. Como sabía que Brienio estaba asentado en las llanuras del Cedocto, deseaba que una distancia considerable separara cada uno de los dos ejércitos, el suyo y el de los adversarios” (Ana Comneno, *“La Alexiada”*, Libro I, IV, 5). La batalla de Calavrytae, que Ana Comneno sitúa en un lugar comprendido entre el río Halmiro y las llanuras del Cedocto, vino a cerrar la herida que Andrónico Ducas había abierto en el campo sangriento de Mantzikert con su traición. Lo que es más, puede considerarse como el remanente anacrónico de un enfrentamiento de clases que había terminado con la destitución de Miguel VII Ducas. Ello se explica por que Nicéforo Brienio se había levantado contra el Parapinaceo y sus aliados, la nobleza civil y el senado, no contra Nicéforo Botaniates, un militar de alta alcurnia como él. En consecuencia, habiendo ganado la partida la aristocracia militar, faltaba por aclarar qué facción dentro de ésta se quedaría con el poder. Calavrytae era, pues, el comienzo de una serie de enfrentamientos que seguirían desangrando al imperio en procura no de dilucidar si un funcionario civil o uno militar, sino de cuál general se quedaría con el Imperio. Los contendientes eran dos militares experimentados: Nicéforo Brienio y Alejo Comneno. La batalla prometía.

Calavrytae. Preludio.

Quizá sea la batalla de Calavrytae una de los enfrentamientos mejor documentados de la historia de Bizancio por el grado de detalle que aportan las fuentes de primera mano que se refieren a ella. Además, los hechos son recogidos magistralmente por dos historiadores emparentados cada uno con los generales en pugna: Ana Comneno, hija de Alejo, y Nicéforo Brienio, esposo de Ana y nieto del militar homónimo²⁹. Existiendo pues un marco ideal para considerar la veracidad o no de cada relato a partir de su propia comparación, tanto Ana como su cónyuge nos ofrecen una vívida descripción a partir de la cual es posible arribar a una conclusión irrefutable: la distancia enorme que existía entre los ejércitos imperiales de fines del siglo XI respecto de aquéllos

²⁹ No está aún dilucidada la cuestión en torno al grado de parentesco entre Nicéforo Brienio, duque de Dirraquio, y Nicéforo Brienio, historiador. Algunos autores les consideran padre e hijo mientras que otros se inclinan por la relación abuelo-nieto.

comandados por los emperadores macedónicos en el siglo X. Tanto más por cuanto de cada texto se desprende la necesidad acuciante por cubrir el espacio vacío dejado por la desaparición de los soldados campesinos en beneficio de mercenarios francos, normandos y turcos. Tal cual parecía, el Imperio retornaba al lastimoso sistema militar vigente antes del reinado de Heraclio. La pérdida gradual de los territorios de Asia Menor a manos de los invasores selyúcidas, hacía sentir el peso del estamento anterior como cosa juzgada. No habría vuelta atrás en ese sentido.

“Pues estos dos hombres eran nobles, gallardos y parecidos en fuerza y experiencia, de modo que si se hubieran colocado cada uno en un plato de la balanza, la habrían equilibrado: pero debemos ver de qué lado se inclinaron los designios de la fortuna. Brienio además de confiar en sus fuerzas y experiencia, era superior en el orden correcto de su formación; Alejo, por otro lado, tenía pocas y muy escasas esperanzas en cuanto a su ejército, pero era superior, a su vez, en el poder de su habilidad y en los recursos de su sentido estratégico”. Ana Comneno, en *“La Alexiada”*, nos presenta un esbozo de la personalidad de los contendientes que invita a su vez a indagar un poco más en la vida y obra de cada uno, para comprender las razones que les habían empujado a empuñar la espada, perteneciendo ambos al mismo partido de la aristocracia militar.

Nicéforo Brienio era miembro de una familia noble originaria de Tracia e hijo de otro Nicéforo, antiguo curopalates y duque de Macedonia y Capadocia, que había terminado su carrera tras ser cegado luego de la revuelta de 1057. En 1071 había combatido junto a Romano IV Diógenes en la batalla de Mantzikert, dónde su reputación fue puesta en entredicho por el mismísimo emperador, que llegó a acusarle de cobardía. Llamado, no obstante, por Miguel VII Ducas, quien deseaba convertirlo en su colaborador y hasta quizá asociarlo al trono, sería reivindicado por el basileo como una persona *“que sobresalía ante los demás en experiencia, buen juicio y virtud”*. Influenciado por Constantino Celulario, el Parapinaceo decidiría finalmente nombrar a Nicéforo, Duque de Dirraquio y enviarle de manera urgente a sofocar el levantamiento de los eslavos, cosa que el general lograría en 1072, venciendo inclusive a las naves italianas que apoyaban a los insurgentes. La ulterior revuelta de los Brienio (Nicéforo y su hermano Juan) contra el poder central, detentado todavía por Miguel VII y Niceforitzes, no tendría otra explicación plausible que la disconformidad ante la falta de reconocimiento y la negativa del basileo, en recompensarles debidamente. Lo que es más, todo parecería indicar que el cerebro de la insurrección era Juan y que Nicéforo se plegó a ella al revelarse una trama secreta según la cual Miguel VII deseaba destituirle de su cargo en Epiro.

El primer intento por desalojar del trono al Parapinaceo tuvo lugar en 1077, cuando Juan Brienio puso sitio a Constantinopla siguiendo órdenes de su hermano. Entonces, el encargado de lidiar contra él fue Alejo Comneno, a quien Miguel VII había destacado para defender la sección terrestre de las murallas de la capital. Durante las escaramuzas que se sucedieron entonces, trascendió que los soldados de Juan deseaban pillar la ciudad en el caso de tomarla, rumor que a la larga inclinaría la balanza en favor de Botaniates al condicionar el ánimo de sus habitantes en la futura selección de un candidato de entre los usurpadores. Entretanto, Alejo se cubría de gloria al emboscar a una partida de forrajeadores en una de sus tantas salidas, acción que le valdría el reconocimiento del emperador y, como cuenta el historiador Brienio, la recompensa con los esponsales con Irene Ducas.

Depuesto Miguel VII y apresado su logoteta, Niceforitzes, el nuevo basileo, Nicéforo Botaniates, intentó resolver pacíficamente el asunto mediante una propuesta oficial, cuyos términos consistían más o menos en el reconocimiento de Brienio como César y heredero. Pero los rivales nunca se pusieron de acuerdo, pese al continuo intercambio de embajadas que mantuvieron recíprocamente (entre una y tres, según la fuente documental considerada³⁰). En consecuencia, el proceso decantó ineludiblemente hacia el enfrentamiento militar.

Calavrytae. Disposición de los ejércitos.

Según parece, atendiendo a las palabras de Ana Comneno, quien tomó la iniciativa escogiendo el terreno más propicio acorde con sus planes de batalla, fue Alejo. Ni la historiadora, ni su esposo, Nicéforo Brienio, aventuran las cifras finales de cada ejército, aunque Ana se refiera parcialmente a ello al describir las huestes del rival de su padre. No obstante, a juzgar por el alto grado de deterioro experimentado por las fuerzas militares del Imperio tras Mantzikert, podría atribuirse al noble tracio una hueste de entre diez y veinte mil hombres, mientras que su oponente no contaría con más de seis o siete mil, incluyendo los aliados turcos. La inferioridad numérica fue compensada por Alejo mediante un ardid que consistió en ocultar deliberadamente tanto a Brienio la verdadera dimensión de sus fuerzas, acampando lejos de su posición, como a los suyos, la superioridad del enemigo, para no abatirles moralmente.

Para el combate, Nicéforo Brienio dividió sus tropas en tres partes³¹: el ala derecha, unos cinco mil soldados, fue encomendada a Juan Brienio. En "*La Alexiada*", Ana Comneno asevera que se trataba de italianos, jinetes tesalios, antiguos camaradas de armas de Jorge Maniaces (probablemente francos), y un sector considerable de la hetería³². El centro, entretanto, bajo el mando del propio Nicéforo, se componía de otros cinco mil hombres, en su gran mayoría, tracios, tesalios y macedonios, además de la flor y nata de la nobleza militar europea. Por fin, hacia la izquierda, estaba el tercer núcleo bajo las órdenes de Catacalon Tarcaniotes, integrado por otros tres mil soldados de diversa procedencia, aunque mayoritariamente macedonios y tracios. A dos estadios de distancia y cerca del ala izquierda, unos dos mil jinetes pechenegos habían sido apostados por Brienio en tanto que *Hyperkerastoi*, para que, no bien sonaran las trompetas, cayeran sobre la retaguardia acosando al enemigo con una densa nube de flechas. Una táctica tan antigua como contumaz que había probado su efectividad especialmente con los algareros árabes de los siglos VIII y IX.

Alejo Comneno, por su parte, prefirió actuar en consecuencia con sus necesidades. No tenía un ejército numeroso y además debía estudiar primero cómo desplegaría Brienio a sus tropas, por lo que se inclinó por una emboscada. Dado que la topografía del terreno se lo permitía³³, situó a una parte de sus huestes, los *Enedroi*, en un

³⁰ El asunto de las embajadas es tratado por Nicéforo Brienio, el historiador, Miguel Ataliates, Juan Zonarás y Skylitzes.

³¹ Acorde con los manuales bizantinos de táctica y estrategia, un ejército debía dividirse en tres partes iguales.

³² Cuerpo de guardia conformado por extranjeros.

³³ Se trataba de un terreno recorrido por valles y barrancos, muy propicio para esconder soldados de la vista del enemigo. La fuerza emboscada podría caer alternativamente sobre el flanco o la retaguardia, en este caso, de Juan Brienio.

barranco, mientras que al resto lo formó de frente al enemigo, también seccionándolo en tres partes. El ala derecha, con Constantino Catacalon a la cabeza de los soldados comatenos, debería vérselas contra Catacalon Tarcaniotes. El centro, integrado por mercenarios francos, y el ala izquierda, por los inmortales, estarían bajo las órdenes directas del mismísimo doméstico de los escolas, es decir, de Alejo. Un cuarto grupo, los *Plagiofilakes*³⁴, compuesto por no más de trescientos o cuatrocientos mercenarios turcos fue separado especialmente para prevenir los movimientos de los *Hyperkerastoi* de Brienio. Entretanto, partidas de escuchas le mantenían informado de lo que acontecía en el campo rival para no tener que lamentar luego sorpresas desagradables devenidas de movimientos inesperados de su oponente.

Calavrytae. Progresión de la batalla.

El primero en ponerse en movimiento hacia la posición ocupada por el enemigo fue el ejército de Brienio, que se adelantó en el campo casi hasta los barrancos que ocultaban a los *Enedroi*. Al ponerse los contingentes italianos, tesalios y la hetería al alcance de sus espadas, los emboscados saltaron con gran griterío y clamoreo desde sus escondites, provocando la confusión en el ala dirigida por Juan Brienio. Solo la determinación y el valor del hermano de Nicéforo consiguieron impedir que el conato de desbande se convirtiera en retirada generalizada. Según Ana Comneno, “*el hermano del caudillo, rememorando su ímpetu guerrero y su coraje, hizo volver su caballo con el freno, abatió de un único golpe al soldado de los inmortales que lo seguía, detuvo a la falange que huía en plena confusión y, tras reorganizarla, repelió a los enemigos*”³⁵. De lo que se deduce que el ala izquierda de Alejo había roto la formación para perseguir a los de Juan Brienio.

Con tal de impedir la ruina total de los inmortales, el propio Alejo debió acudir en su ayuda al frente del regimiento de los escolas. Fue el primer momento álgido de la batalla, cuando el ejército completo del doméstico estuvo a punto de colapsar bajo el empuje arrollador de Brienio y los suyos. Pues mientras el ala izquierda y el centro estaban siendo dispersados por los secuaces de Nicéforo y de Juan, los soldados de Coma, en el otro extremo, la estaban pasando realmente mal frente a los de Catacalon Tarcaniotes. Los *Plagiofilakes* habían fallado en la prevención, permitiendo la acometida de los pechenegos desde el flanco, lo que aumentó aún más el desconcierto entre las filas de Constantino Catacalon. En este punto se hizo evidente cómo la mayor experiencia de las huestes de Brienio empezaba a jugar un papel determinante en la suerte de la batalla.

Alejo, entretanto, se había enfrascado en una serie de ataques y contraataques, confiando que sus soldados le seguían a todas partes para protegerle. A poco descubrió con horror que, a sus espaldas, toda la formación se hallaba dispersa y a punto de ser aplastada. En consecuencia, reuniendo a un reducido destacamento, se propuso lanzarse a fondo contra lo más nutrido de las fuerzas enemigas, adonde descollaba Nicéforo por

³⁴ Tanto los *Enedroi* como los *Plagiofilakes* son unidades que reciben su nombre en función del cometido que se les ha asignado para la batalla en ciernes: los *Enedroi* son soldados emboscados, los *Plagiofilakes* tropas que deben estar atentas a los movimientos del enemigo. Ocurre lo mismo con los *Hyperkerastoi*, que están a cargo de tareas de hostigamiento residuales de la batalla.

³⁵ “*La Alexiada*”, Libro I, V, 4.

su descomunal estatura³⁶. Su intención era matar al líder para desmoralizar a sus seguidores. Pero en el último instante fue convencido por Teodoro, aquél mismo asistente que le salvara la vida en Cesarea, de desechar de plano tan descabellada idea, y abocarse, entre ambos, a devolver a sus filas el orden perdido, reagrupándolas y reorganizándolas. En esa instancia, tanto el ala izquierda de los inmortales, como la derecha de los comatenos, estaban en franca desbandada mientras que el centro, con Alejo y su leal servidor, se debatía prácticamente rodeado por el ejército rival.

Intervino entonces un hecho fortuito que vino a sembrar el desconcierto entre las líneas de Brienio cuando los jinetes pechenegos, volviendo grupas, se lanzaron a galope tendido en dirección a su propio campamento, para saquearlo. Su inesperada irrupción determinó la súbita espantada de la servidumbre que integraba la retaguardia de las tropas de Nicéforo. El desorden consecuente se contagió a los que luchaban un poco más adelante, entrecruzándose los estandartes de uno y otro ejército. Al final, la confusión reinante terminó salvando la jornada para las huestes leales a Botaniates. Pero hubo un detalle más en medio del caos reinante: Alejo consiguió apoderarse de uno de los caballos del antiemperador, que descollaba por sobre el resto debido a que estaba engalanado con el manto púrpura y los fálaros dorados. Casi simultáneamente, y justo antes de tirar de las bridas de su caballo para dar la vuelta, pudo arrebatar también a los acólitos de Brienio las picas con hachas de doble filo con la que le protegían. Se trataba ni más ni menos que de un invalorable tesoro que usaría en breve.

Calavrytae. Fase final y desenlace.

Habiendo regresado a buen resguardo, entre los suyos, el doméstico de los escolas encomendó a un heraldo que anunciase a viva voz la muerte de Brienio. Y para teñir de veracidad al engañoso anuncio, le entregó las preseas recientemente adquiridas al enemigo: el corcel del antiemperador y las picas con hachas de doble filo. El golpe de efecto sería abrumador tanto para propios como para extraños. Ana Comneno nos cuenta que, gracias a esta estratagema, su padre halló la manera de reagrupar a los comatenos e inmortales en una colina cercana, a la vez que alentaba a los mercenarios francos a mantener sus posiciones para permitir lo anterior.

La imagen del heraldo paseándose con los trofeos arrebatados al enemigo, mientras anunciaba la muerte de Brienio en combate, devolvió el valor a los que venían huyendo. Casi todos fueron a recalar al pie de la colina que Alejo había escogido como punto de observación del campo de batalla. Justo en ese momento un segundo hecho fortuito empezó a dar un vuelco en las tornas del día. Acababa de llegar el tan ansiado refuerzo de caballería turca, integrado por unos dos mil jinetes procedentes de las tierras de Suleimán ibn Kutulmish. Ahora Alejo podría cambiar de estrategia y lanzar una contraofensiva, tanto más por cuanto desde su posición, ya se veía al enemigo realizando un amago de celebración por la victoria que parecía estar al alcance de sus manos. Sorpresa y confianza, dos factores que ahora pasaban a jugar a favor del Comneno.

³⁶ Ana Comneno nos cuenta, acerca de la talla de Nicéforo Brienio, lo siguiente: “Evolucionando en medio como un Ares o un gigante, Brienio, que superaba en un codo a partir de sus hombros a todos los demás, provocaba gran estupor y miedo a los que lo observaban” (“La Alexiada”, Libro I, V, 7.).

Ciertamente el doméstico de los escolas manejaba la terminología de los manuales de tácticas de León el Sabio, como lo vino a demostrar el movimiento de flanqueo al que apeló a continuación. Tal como menciona Ana en su obra, lo que siguió fue todo, obra de su padre. Alejo dividió una vez más a sus tropas en tres secciones: los comatenos e inmortales quedaron en la zaga, agazapados para una nueva emboscada, mientras que el tercer grupo, conformado por los turcos recién llegados, fue puesto a la vanguardia con la misión de hostigar frontalmente con sus dardos al enemigo. El truco ahora consistía en atraer a los de Brienio mediante un juego de ataque y retirada simulada, que los jinetes arqueros debían representar mientras descargaban todo su arsenal de proyectiles. A la vez que ello sucedía, los comatenos e inmortales tenían que flanquear al adversario para caer sobre sus costados y su retaguardia. El momento era de lo más propicio a juzgar por las palabras de la autora de *“La Alexiada”*: *“Habían rebajado su ímpetu, sobre todo cuando los francos que acompañaban a mi padre se pasaron a Brienio durante la anterior desbandada. En efecto, cuando estos francos se hubieron bajado de los caballos y le ofrecieron la mano, como es costumbre de su patria a la hora de rendir vasallaje, cada uno desde su puesto acudió junto a Brienio para observar lo que sucedía. Las trompetas proclamaron por todo el ejército la noticia de que los francos se habían sumado a ellos tras abandonar al general en jefe Alejo”*³⁷. Dicho de otra manera, Brienio y sus tropas se habían relajado con la rendición de los escolas y, saboreando el triunfo como estaban, Alejo pensaba que no tardarían en sucumbir ante el cebo de los jinetes arqueros, atacando y retirándose frente a ellos.

Los turcos cumplieron a pié juntillas las instrucciones dadas por el doméstico. Acercándose a la vanguardia enemiga en pequeños grupos, cubrían el cielo con sus dardos y, tan pronto como terminaban de disparar, daban media vuelta y retrocedían. Brienio acabó cayendo en la trampa, confundido por la engañosa noción de la victoria inminente. Todo su ejército en pleno avanzó hacia donde Alejo le aguardaba con una sección de infantería y, a medida que lo hacía, se internaba cada vez más en la trampa tan hábilmente dispuesta por el hábil Comneno. En el fragor de la lucha cuerpo a cuerpo que siguió, hubo varios intentos por acabar con la vida de Nicéforo; Ana nos describe uno con lujo de detalles: *“uno de los inmortales que rodeaban a Alejo y que era valeroso y audaz se destacó con su caballo del resto de la formación y avanzó a galope tendido directamente contra Brienio. Y arremetió fuertemente con su lanza contra su pecho; pero Brienio desenvainó vehementemente su espada cuando la lanza no había aún logrado apoyarse con firmeza y la partió enseguida de un fuerte mandoble; al que intentaba alcanzarlo lo atacó con su espada en la clavícula, le hizo impacto con todo su poder y le seccionó el brazo entero, coraza incluida”*³⁸.

Por fin, Alejo y los turcos, en la última retirada fingida, condujeron a los hermanos Brienio directamente al punto donde había sido tendida la celada. Cuando llegaron allí, los caballeros tesalios y normandos, como el resto del ejército de Brienio, estaban todos extenuados y, los que no estaban heridos, tenían a sus cabalgaduras con un dardo en el pescuezo o atravesándole el costado. Fue el momento culminante de la batalla a partir del cual Nicéforo supo que había perdido la jornada, especialmente tras los infructuosos esfuerzos de Juan por contener la subsiguiente desbandada. Sus grandilocuentes sueños acabarían en la ignominia de la ceguera con que Botaniates le castigó, a través de uno de sus esbirros, llamado Borilos. Fue, tal cual lo sugiere su nieto

³⁷ Ana Comneno, *“La Alexiada”*, Libro I, VI, 1. Como lo atestigua la princesa bizantina, el ejército de los escolas terminó sucumbiendo y rindiéndose al fallar la emboscada inicial de los *Enedroi*.

³⁸ Ana Comneno, *“La Alexiada”*, Libro I, VI, 3.

historiador, el final de la carrera de un hombre ilustre y la pérdida invaluable para el Imperio de un gran personaje.

Parte II: El final de una etapa.

La revuelta de Basilacio.

No había terminado de aplacarse el levantamiento que le había costado la vista a Brienio cuando desde las provincias europeas surgió un nuevo aspirante a la púrpura imperial. Nicéforo Basilacio se había mantenido expectante, aguardando a que en la llanura del Halmiro surgiera un nuevo emperador o se revalidaran los títulos y dignidades de Botaniates. Entretanto, al decir de Miguel Atalates, el astuto Basilacio había despachado correos a Constantinopla para tranquilizar a la corte con promesas de lealtad. Bien en su interior, sin embargo, el destacado militar esperaba su turno para actuar en consecuencia: si Brienio se alzaba como triunfador, posiblemente él le rendiría vasallaje... por un tiempo al menos, hasta que surgiera la oportunidad para deponerle a su vez. Si por el contrario la fortuna sonreía a Botaniates a través de la capacidad y la inteligencia de su lugarteniente, Basilacio actuaría de inmediato para aprovechar la escasez y la dispersión de las fuerzas leales a aquél. La difícil victoria de Alejo Comneno le allanó, pues, el camino para desafiar a Botaniates sin tener que esperar a que Brienio se probara la corona imperial.

Acorde con las fuentes contemporáneas, la revuelta de Basilacio se produjo casi sin solución de continuidad respecto de la de Brienio. Lo que es más, según cuenta Ana Comneno, su padre aún acompañaba al general vencido de regreso a Constantinopla cuando en el campamento³⁹ se presentó uno de los secuaces de Botaniates, Borilos, para relevar al gran doméstico de la custodia de Brienio y ordenarle al mismo tiempo acudir a Tesalia para conjurar la nueva revuelta. Encogiéndose de hombros, el doméstico de los escolas entregó a su prisionero⁴⁰ y, acompañado por las tropas que habían salido airosas en Calavrytae, partió en busca de Basilacio, no sin antes recibir una dignidad como premio consuelo: Sebastos.

A esas alturas, el nuevo aspirante al trono había abandonado su puesto en Epidamno, la capital del Ilírico, y, al decir de Ana Comneno, se encontraba a la sazón bien establecido en la gran ciudad de Tesalónica, donde sus habitantes le habían abierto las puertas con regocijo. La historiadora contemporánea nos lo describe con todas las características de un héroe épico: alto y de gran porte, “*de voz tonante, capaz de aterrar a todo un ejército y un grito suficiente para congelar el valor en el alma*”. A todas luces un líder carismático, Basilacio también era un experimentado general que había participado en la tercera campaña de Romano IV Diógenes contra los turcos selyúcidas, aquella misma que terminara en tragedia sobre el campo sangriento de Mantzikert. Magister y duque de Teodosiópolis hacia 1071, el susodicho general, sin embargo, no había tenido una destacada actuación en ella: antes de comenzar la fase final de la batalla fue capturado por Soundaq, un lugarteniente del sultán Alp Arslan, cuando se disponía a asistir a Nicéforo Brienio. Inclusive, tras el desenlace y la captura del

³⁹ Posiblemente cerca de Adrianópolis, la actual Edirne.

⁴⁰ Nicéforo Brienio sería cegado casi de inmediato por Borilos.

emperador, le correspondería la indigna misión de encabezar la ronda de reconocimiento para identificar a Romano delante del propio sultán. En lo sucesivo y tras la deposición de Diógenes, Basilacio acabó redondeando su brillante carrera acumulando sucesivos cargos y dignidades, además de los ya mencionados con anterioridad (Magister y duque de Teodosiópolis): Cartularios (1060), duque de Dirraquio, duque del Ilírico (1078), Proedros (1075), Protoproedros (1077) y Nobelissimos⁴¹ (1078).

Como antes sucediera con Brienio en Calavrytae, ahora también Alejo Comneno se encargaría de elegir el lugar dónde habría de dilucidarse la suerte de la nueva revuelta. Se trataba en esta ocasión de un valle ubicado entre las ciudades de Berrea (Véroia) y Tesalónica, emplazado a no más de doscientos metros sobre el nivel del mar y no muy lejos de las ruinas de Pella. El terreno en cuestión estaba surcado por el río Vardar en dos tramos simultáneos de su cauce: uno seco, el antiguo, que el doméstico y flamante Sebastos escogería como barrera natural, y el otro, muy caudaloso en esas latitudes, que también serviría con ese mismo propósito. El campamento, entretanto, fue levantado en un punto equidistante entre ambos lechos, tras lo cual, Alejo ordenó descansar a sus soldados, a la vez que las caballerías eran alimentadas con forraje por los criados. Todo el mundo pudo percatarse de que la acción se estaba reservando para la hora nona. Solo restaba averiguar si el astuto Basilacio mordería el anzuelo.

La batalla de Vardar.

Era obvio que Alejo Comneno deseaba volver a compensar su inferioridad numérica con una nueva emboscada, tal como había hecho antes en Calavrytae. Sus escuchas le habían hecho llegar noticias desalentadoras sobre las fuerzas de su contrincante, quien había reunido bajo su égida a una nutrida masa de soldados de diferentes nacionalidades: búlgaros, albaneses, griegos; inclusive se habían plegado a él los restos del ejército de Brienio, sin mencionar una alianza de último momento con los pechenegos. No obstante, parece ser que Basilacio jamás llegó a enterarse de los planes del Comneno. Atraído por las luces deliberadamente encendidas en el campamento donde supuestamente estarían descansando las fuerzas leales a Botaniates, el general sucumbió al exceso de confianza como si se tratase de un militar sin experiencia. Y es que, acorde con las fuentes de la época, Alejo había ordenado momentos antes desalojar las tiendas a sus hombres y agruparse a la distancia, aunque tomando la precaución de dejar las cosas como si el lugar estuviese pletórico de vida. Por eso, con tanta luminosidad y petates a la vista, Basilacio cayó presa del engaño.

La descripción que hace Ana Comneno en "*La Alexiada*" es por demás gráfica y detallada, y establece con genialidad la secuencia anímica del desairado usurpador desde su irrupción en el campamento enemigo. Avanzando a tientas entre la oscuridad de la noche, Basilacio y sus diez mil adeptos se internaron entre las tiendas y los pasadizos creados entre éstas. El camino estaba ahora iluminado por cientos de candelas, antorchas y hogueras que daban al entorno un aspecto natural y que, además, permitían una rápida identificación de la tienda de campaña de Alejo. Viéndola a la distancia, Basilacio se precipitó hacia ella con el sabor de la victoria entre sus labios; blandiendo en lo alto su espada, aullando de furia y arengando a los suyos, se dio con

⁴¹ Puesto al tanto de la rebelión, Nicéforo Botaniates se decantó por la diplomacia para disuadir a Basilacio de sus intenciones. Con este fin, le otorgó el cargo de Nobilissimos, aunque sin éxito.

que el recinto, al igual que todo el solar, estaba abandonado. Contrariado, rompió en gritos e insultos: - *¿dónde esta el tartamudo?*⁴²- comenzó a preguntar con el rostro desencajado y los ojos a punto de salirse de las órbitas.

No tardó el usurpador en descubrir la trampa que le habían tendido, aunque se demoró más de la cuenta en reconocerlo. Ni siquiera cuando sus hombres le trajeron a la rastra a uno de los monjes acólitos de Alejo, un tal Yoancio, Basilacio se mostró dispuesto a aceptar que había sido burlado, pese a que aquél seguía firmemente sosteniendo que el Comneno se había evadido con sus tropas. Por fin, rindiéndose a los hechos, empezó a vociferar entre insultos hacia la persona del gran doméstico y maldiciones, que el combate se entablaría fuera de ese recinto y que habían sido vilmente engañados. Pero Alejo ya no le dejó margen para actuar.

Pese a que las tropas leales eran superadas en número, la carga entre la penumbra fue tanto más efectiva por que halló a las fuerzas insurgentes entregadas de lleno al pillaje. Hubo un intento de resistencia organizado por uno de los colaboradores de Basilacio, quien procuraba por todos los medios formar en orden de batalla a los pocos soldados que no se habían consagrado al saqueo. Más Alejo, creyendo que se trataba del mismísimo Basilacio, cayó sobre ellos y con un golpe de mandoble dejó manco al capitán enemigo.

El sino de la batalla fue sin lugar a dudas, la confusión resultante de la penumbra de la noche. Los de Basilacio escuchaban gritos, aullidos y el eco de los aceros retumbando entre los pasillos del campamento, pero no atinaban a encontrar la raíz de tanto ruido. Sin embargo, la confusión también se enseñoreó entre las filas de las huestes leales a Botaniates, puesto que, en el fragor de la lucha, un mercenario franco atacó a Alejo confundiéndole con un enemigo. O, como nos hace saber Ana Comneno, el caso de soldados reprendidos por cobardía por andar sin espada, cuando lo que en verdad había sucedido era que habían quebrado sus hojas contra los yelmos del enemigo y lo único que permanecía en sus manos era la empuñadura del arma.

Las luces del alba fueron aprovechadas por ambos bandos para reagruparse y contar las bajas de la refriega nocturna, aunque también abrieron el segundo capítulo de la batalla. Pese a que Alejo había destruido gran parte del ejército enemigo o lo había puesto en fuga durante la noche, Basilacio y su hermano Manuel seguían resueltos a plantar cara con lo que les quedaba a mano. Lo que es más, la cuestión estaba aún tan irresoluta que Manuel hasta se atrevió a trepar a la cima de una colina cercana desde la cual comenzó a arengar a sus soldados con las siguientes palabras: "*Hoy es el día de la victoria de Basilacio*"⁴³.

Tuvo lugar entonces uno de esos episodios que suelen torcer o determinar el curso de los acontecimientos con efecto de cosa juzgada. La visión en lo alto del hermano del usurpador gritando a los cuatro vientos de una manera tan desafiante y descarada, fue una imagen muy tentadora para algunos de los más valientes adeptos de Alejo. Uno de ellos, Basilio Curticio o Kourtikios, sin dejarse ganar de mano por sus compañeros, picó espuelas a su cabalgadura y salió disparado hacia lo alto de la colina que ocupaba

⁴² Según cuenta Ana Comneno, su padre tenía problemas al pronunciar la ere, si bien en todos los demás sonidos "*hacia gala de una pronunciación fluida*".

⁴³ Brienio 293.26-295.5

Manuel. Lo que sucedió a continuación fue un enfrentamiento a lo Aquiles-Héctor aunque mucho más expeditivo y determinante.

A la vista de Curticio galopando colina arriba, Manuel desenvainó su espada y, azuzando a su corcel, se lanzó cuesta abajo, al encuentro de su oponente. El choque debió de haber sido formidable. Ambos contendientes seguramente advirtieron que todas las miradas en el campo se posaban en sus trayectorias convergentes. Se afirmaron sobre sus monturas para asestar el golpe decisivo y en lo que duró un suspiro, maza y espada expidieron el veredicto. La maza de Curticio pareció explayarse mejor, por que, a poco, Manuel rodaba por los suelos y era tomado prisionero por su adversario y arrastrado hasta los pies del Comneno.

La batalla de Vardar terminó pocos minutos después con la huida generalizada de Basilacio y los rezagos de su ejército, en dirección a la segunda ciudad imperial, Tesalónica.

El final de Basilacio.

Habiéndose evadido del campo de batalla con algunos de sus más fieles adeptos, Basilacio creyó que las murallas tesalonicenses pondrían una efectiva barrera de protección entre su persona y la de su tenaz perseguidor. El apoyo de los tesalios sumado al hecho de que Alejo venía de confrontar con dos pretendientes al trono casi sin solución de continuidad, eran dos factores que a priori jugaban a su favor. Además, las paredes de la Tesalónica, aunque no tenían punto de comparación con las de Constantinopla, seguían siendo lo suficientemente altas como para disuadir a un ejército poco numeroso y, sobre todo, extenuado, como era el que conducía el Comneno.

Lo que no tuvo en cuenta Basilacio fue que Alejo, además de buen general, era un excelente estratega que conocía a la perfección hasta dónde una buena dosis de presión psicológica podía calar en el ánimo de una población asediada y barrer con su voluntad de lucha. De modo que cuando se plantó ante las puertas de la ciudad, no perdió tiempo en hacer conocer sus intenciones a los tesalonicenses y al propio Basilacio. Un doble juego de tentadoras propuestas que, en cierta manera, también guardaban su lado aciago en caso de una negativa por parte de los receptores. Por un lado y con la mediación de Yoanicio, hizo saber al usurpador que si se entregaba pacíficamente no sufriría represalia de ningún tipo. Mientras tanto, mandó a decir a los notables de la ciudad que si deponían su actitud y le permitían el paso, la ciudad no sería atacada ni sometida a pillaje. La respuesta de los tesalonicenses no se hizo esperar; las puertas fueron desatracadas y el camino dejado expedito hasta la guarida del usurpador.

Con todo, no se sabe si por desconfianza o bien, como dice Ana Comneno, por que se trataba de un hombre íntegro en los momentos críticos, Basilacio resolvió continuar luchando, para lo cual se atrincheró en la acrópolis de la ciudad. Hasta allí le siguieron los guñapos de su ejército y algunos tesalonicenses, confiados en la gallardía y capacidad del valiente general. A poco, su situación se tornó insostenible al quedar privado de apoyo externo y finalmente, lo que no consiguieron la perseverancia del Sebastos y las propuestas de paz, lo logró la traición en el seno de su camarilla. Según

nos cuenta la hija de Alejo, “*ocupantes y defensores de la acrópolis, tras expulsarlo de común acuerdo, lo entregaron a su pesar y por la fuerza al gran doméstico*”⁴⁴.

El final de Basilacio no fue muy diferente del de Nicéforo Brienio. Luego de restablecer el orden en Tesalónica, y lejos de desear infligir a Basilacio el tormento reservado para los traidores y usurpadores, Alejo tomó el camino de regreso hacia Constantinopla, llevándose consigo a su prisionero. Y tal cual sucediera unos meses antes con Brienio, ahora también fue interceptado por una patrulla especialmente comisionada por el emperador, Nicéforo Botaniates, en un punto ubicado entre Anfípolis y Filipos, sobre la Vía Egnatia. La delegación le echó mano al desahuciado general pese a las quejas del gran doméstico y en las proximidades de Clempina le vaciaron los ojos para asegurarse de que nunca más se volvería a rebelar contra el poder central.

Las mujeres prominentes.

Hacia el año 1079, los principales espacios palaciegos estaban dominados por prominentes figuras femeninas. Había varias, aunque bastaban los dedos de una sola mano para contar a las más influyentes. María de Alania, dos veces emperatriz de Oriente, era una de ellas. María llevaba en sus venas sangre noble; era nieta del rey de Georgia, Bagrat IV (1027-1072), y de Borena, su segunda esposa, quien a su vez procedía de la casa reinante de Osetia (al norte de Lasharisjvari)⁴⁵. Aunque su nombre real era Marta, los bizantinos la habían rebautizado con el nombre de María, acorde con los usos y costumbres imperantes en la época. La princesa georgiana había llegado por primera vez a Constantinopla siendo apenas una niña⁴⁶, para ser educada bajo el acicate de la emperatriz Teodora, cuya súbita muerte la obligó a retornar a su tierra natal. Tiempo después, arreciando las invasiones selyúcidas, María fue enviada nuevamente a la capital imperial como prometida del hijo de Constantino X (1059-1067), Miguel Ducas. La boda posiblemente tuvo lugar al año siguiente de la ascensión al trono de Miguel VII⁴⁷ y de dicha unión nacería Constantino, en 1074. Esposa de un emperador Ducas y, por tanto, madre de un futuro basileo, también Ducas, María atraería sobre sí todas las simpatías de la poderosa familia. En política internacional, entretanto, tan singular matrimonio estrecharía los lazos existentes entre la casa gobernante de Georgia y la corte de Constantinopla, una alianza que alcanzaría el cenit de su vigencia con el protectorado ejercido por aquél reino sobre el Imperio de Trebizonda, tras la IV Cruzada (1203-1204).

Los primeros años de la vida cortesana de María, si bien no fueron aciagos, se parecieron más a un ostracismo inducido que a otra cosa. La princesa georgiana debió aceptar la preeminencia de otra mujer, la emperatriz y suegra, Eudocia Macrembolitissa, esposa de Constantino X, bajo cuya sombra debió avenirse a vivir sin miramientos. Para colmo de males, la muerte de Constantino alimentó aún más las ínfulas de poder de la mujer, que por entonces contaba con casi cincuenta años de edad, lo que se evidenció especialmente cuando se proclamó regente de su hijo Miguel, el prometido de María, capacitado con sus diecisiete años para reinar ya en solitario. Más tarde, su casamiento

⁴⁴ Ana Comneno, “*La alexiada*”, Libro I, IX, 4.

⁴⁵ Osetia es la zona actual correspondiente a la antigua región de Alania. De allí el apodo de María.

⁴⁶ Probablemente hacia 1056.

⁴⁷ Algunos historiadores citan como fecha del casamiento entre María y Miguel al año 1065.

con el desafortunado Romano Diógenes, al mismo tiempo que relegaba las aspiraciones de su hijo, quitaba protagonismo a María de Alania, que recién se convertiría en emperatriz tras la destitución de Romano Diógenes, por obra y gracia de Mantzikert y del clan Ducas.

En 1078, la deposición de Miguel VII Parapinaceo a manos del anciano general de Oriente, Nicéforo Botaniates, volvió a poner en peligro la preeminencia de la dignataria oriental, levantando al mismo tiempo una ola de resquemores y sospechas en la capital imperial. Entre los mayores damnificados del golpe de estado se encontraban, por un lado, Constantino Ducas y María, y por el otro, la familia Ducas en pleno, que temía perder sus prerrogativas como había sucedido antes, en tiempos de Romano IV Diógenes. Sin embargo la situación se reencauzó rápidamente para regocijo de la emperatriz cuando los propios miembros del clan de su marido conminaron al usurpador a tomarla como esposa. Fue un hecho que sin lugar a dudas causó un gran revuelo en Constantinopla, dado que Miguel Ducas, el depuesto emperador, aunque confinado en un monasterio, era la prueba viviente de un adulterio escandaloso y consumado.

La segunda mandamás del gineceo era Eudocia Macrembolitissa, a la cual ya nos hemos referido brevemente. Eudocia era miembro de una noble familia que había establecido lazos con importantes dignatarios de la talla de Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla entre 1043 y 1058, y del omnipresente e influyente funcionario del partido civil, Miguel Psellos. Su casamiento con Constantino X Ducas, con quien tuvo seis hijos⁴⁸ la catapultó a lo más alto del selecto círculo del poder imperial, llegando al punto de reemplazar a su marido cuando éste se hallaba ya con un pie en la tumba. Al respecto, Miguel Psellos escribe: *“entonces confió todo a su mujer Eudocia, a la que como marido consideraba la más prudente de las mujeres de su tiempo y capaz de dar a sus hijos una estricta educación (...)”*⁴⁹. Descripta como una mujer de gran belleza por sus contemporáneos, a Eudocia la perdía su ambición. Tras la muerte de su marido, solo accedió a compartir el poder con Romano IV Diógenes, cuando la decadencia del Imperio era tan evidente que uzos, normandos y selyúcidas recorrían los *themas* y ducados como si fueran el propio patio trasero de su casa. El ulterior ascenso al poder de Miguel VII en detrimento de Eudocia es también vívidamente descrito por Psellos: *“Estando así las cosas, el emperador Miguel, temiendo por su vida y desconfiando del hijo de Diógenes por su crueldad, adopta sin duda la decisión más segura para su persona y uno diría que la más sensata: se separa de la madre y se emancipa. Tomando entonces como consejeros a sus primos (Andrónico y Constantino), me refiero a los hijos del César (Juan Ducas, hermano de Constantino), consigue ganarse el apoyo de la guardia de palacio... Mientras aquéllos actuaban de este modo, las personas que estaban con la emperatriz, entre las que me contaba yo mismo, ignorantes como estábamos de lo que sucedía, nos quedamos casi como paralizados pensando que se nos venía encima una catástrofe”*⁵⁰.

Hubo una última oportunidad para Eudocia Macrembolitissa y sus ansias por recuperar el poder perdido. Tuvo lugar precisamente tras la usurpación llevada a cabo por Nicéforo Botaniates contra su propio hijo, cuando el general, necesitado de sustento legal, buscaba denodadamente una esposa de noble alcurnia que le acompañara en el

⁴⁸ Miguel, Andrónico, Constantino, Ana, Zoe y Teodora.

⁴⁹ Miguel Psellos, *“Cronografía”*, pág. 432

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 451.

trono. Tan bonita como ella y mucho más joven, María de Alania acabaría ganándole la partida gracias al apoyo de Juan Ducas y de su entorno⁵¹.

La tercera mujer en discordia era la hija de quien fuera gobernador de Italia, Alejo Charon, y de Adriana, vástago de los Dalasseno, una familia con raíces en la aristocracia militar y especial ascendiente en los territorios de Skopje y Antioquía⁵². Ana Dalasseno no era una mujer ordinaria, ni siquiera una noble cualquiera; muy por el contrario, la brillante carrera de sus hijos había hecho que el populacho la reconociese como la madre de los sebastos. En efecto, Ana y su esposo, Juan Comneno, habían engendrado a dos de las figuras más emblemáticas de la difícil época post-Mantzikert: Isaac y Alejo. Por consiguiente, su influencia mantenía una relación directamente proporcional con los logros militares y diplomáticos de sus hijos; cuantas más victorias y éxitos de éstos, mayor prestigio y peso político para aquélla. Pero había un detalle no menor que no podía pasarse por alto: Ana odiaba profundamente al clan Ducas, sentimiento que habría de marcar el futuro de las relaciones entre dicha familia y la suya propia.

Detrás de María de Alania, Eudocia Macrembolitissa y Ana Dalasseno había un segundo círculo de mujeres no tan prominentes, pero que también tallaban en la vida cortesana y palaciega. Tal era el caso de Zoe Macrembolitissa, Ana, Teodora e Irene Ducas (futura consorte de Alejo Comneno), María (nieta de Juan Ladislao de Bulgaria y madre de Irene y Ana Ducas) y María de Hungría.

Favoritos versus gineceo.

Tanto los éxitos conseguidos en el terreno militar como el ascenso en el escalafón social (Isaac Comneno, el hermano de Alejo, se había comprometido con la sobrina de la emperatriz María de Alania), muy pronto comenzaron a granjearle al sebastos poderosos enemigos puertas adentro del palacio imperial. Los mayores detractores eran dos extranjeros, Borilo y Germano, identificados por las fuentes contemporáneas como escitas y bárbaros, aunque gracias a Ana Comneno sabemos que procedían de Eslavonia. Borilo y Germano formaban parte del selecto grupo de consejeros de Botaniates (en otras palabras eran los favoritos del basileo) y sentían una profunda animadversión por los hermanos Comneno, desde que ambos constituían una amenaza real para sus aspiraciones.

Así, pues, tras la eliminación de Basilacio, las rencillas entre ambos bandos no tardaron en crear una atmósfera densa, irrespirable, en la capital, que acabó llenando con rumores de conspiración los pasillos palaciegos. Frente a la descarada estrategia de Borilo y Germano consistente en no perder oportunidad para influenciar negativamente al emperador merced a habladurías y acusaciones infundadas, los Comneno optaron por ganarse la confianza de la emperatriz María. Botaniates, entretanto, seguía oscilando como un péndulo entre los intereses de unos y otros, y si bien ya había dado muestras de querer eliminar a Alejo en tiempos de la conspiración de Nicéforo Brienio, ahora parecía intimidado y proclive a pensar dos veces antes de meterse de lleno en un

⁵¹ En la carrera por desposar al anciano general, Eudocia Macrembolitissa debió competir también con una tercera pretendiente, Zoe, su propia hija.

⁵² Entre los más importantes miembros de la familia de los Dalasseno se podían contar duques, patricios, katepanos, magistrados y generales tales como Damiano, Constantino, Romano, Teodoro y Teofilacto.

atolladero. Quizá a causa de su avanzada edad o por que los placeres y la comodidad de la corte le habían suavizado el espíritu, el emperador, más que expectante, se mantuvo como un mero espectador frente a la puja de fuerzas que tenía lugar delante de su propia mirada. No obstante, su necesidad por hallar un heredero terminaría precipitando los acontecimientos.

Hacia 1079 Nicéforo Botaniates pasaba con creces los setenta años de edad. Su esposa, la emperatriz María, por su parte, orillaba los treinta, por lo que en cierta manera las expectativas del basileo por contar con un sucesor natural, biológico, se habían esfumado mucho antes de convertirse en emperador⁵³. No estaba sin embargo todo perdido para él, ya que podía echar mano a la adopción como último recurso para enmendar la ausencia de un heredero directo. Por tal motivo, Nicéforo se apresuró a contactar a un tal Sinadeno, un pariente suyo procedente de Asia Menor, que estaba por entrar en la juventud y de quién se decía era inteligente, brillante y de hermoso aspecto. Fue un grave error de cálculo, y grosero además, por que la medida implicaba ni mas ni menos que ignorar los derechos sucesorios de Constantino Ducas, el hijo del anterior emperador, Miguel VII Parapinaceo, y de María de Alania. En consecuencia, la emperatriz se vio obligada por autodefensa a refugiarse aún más en el bando de los hermanos Comneno. Tras ella cerraron filas como un solo hombre, además, todos los miembros de la influyente familia Ducas.

El hecho de que María de Alania se mostrara reticente a apoyarle no era un detalle menor para los planes de Botaniates y ni qué decir respecto de los de Borilo y Germano. La emperatriz era por sobre todas las cosas el sustento legal de los derechos de Botaniates al trono. Su matrimonio con el heptagenario general, censurado por algunos como adúltero⁵⁴ y de doblemente adúltero⁵⁵ por otros, le había concedido algo de legitimidad al hecho consumado de la usurpación realizada contra Miguel VII. El ascendiente de la emperatriz en este aspecto saltaba a la luz con singular fuerza, incluso en los asuntos cotidianos de la vida imperial: por ejemplo, en el reverso de las monedas de plata no era la efigie con el busto de Botaniates la que aparecía acuñada, sino la de la mismísima emperatriz, rematada con la inscripción "*Nicéforo y María, piadosos basileos de Roma*". El desconocimiento de los derechos de Constantino Ducas, en consecuencia, selló definitivamente la suerte de Botaniates y sus favoritos al poner en evidencia que lo que se pretendía era en definitiva el cambio de una familia por otra, en lo más alto del poder⁵⁶. María de Alania se dio perfectamente cuenta de ello y, terminó haciendo las veces de juez en el asunto, al resolver adoptar a Alejo Comneno según el ceremonial dispuesto para estos casos.

Las mujeres toman la iniciativa.

El deliberado acercamiento con la emperatriz María, posibilitó a los hermanos Comneno acceder a un flujo de información que hasta entonces habían tenido vedado. Así, pues, merced a la buena voluntad de aquélla, les fue posible conocer todos los

⁵³ La efectiva sucesión al trono por parte de un heredero biológico podría encontrar a Botaniates superando largamente las ocho décadas de edad.

⁵⁴ La boda se había producido estando aún vivo Miguel VII Parapinaceo.

⁵⁵ Según otros autores, se trató de doble adulterio, ya que además de Miguel VII Parapinaceo, la anterior mujer de Botaniates todavía vivía.

⁵⁶ Ana Comneno sostiene también que tanto Borilo como Germano pretendían el trono para sí.

comentarios que se hacían en la corte o al emperador, por aquéllos que les envidiaban. Ello sin duda alguna, les otorgó una ventaja indiscutible sobre sus adversarios, pues desde aquél momento siempre iban un paso delante de modo tal que podían esquivar las encerronas a las que usualmente eran sometidos en palacio⁵⁷. Inclusive la boda entre Isaac y una sobrina de la emperatriz les sirvió como excelente excusa para intensificar sus visitas a la corte, visitas que por otra parte aprovechaban para estrechar lazos y promover alianzas con los siervos palaciegos. Llegó un punto en que el dúo Comneno tenía ojos y oídos por todas partes.

Cuando según parece, era evidente que los esclavos favoritos del emperador estaban preparando una celada contra Alejo e Isaac, buscando cegarles para privarles de cualquier posibilidad de encumbramiento, Alejo comenzó a entrevistarse con algunos referentes del ejército, quienes a cambio de juramentos y títulos, accedieron a prestarle su apoyo incondicional. Entre éstos se hallaban dos importantes funcionarios, Pacuriano, de origen armenio, y Umbertópulo, con quienes se reunió en Tzurulón. En conclusión, una oportuna dotación de promesas y regalos, permitió a Alejo apuntalar la rebelión que estaba preparando como medida extrema para neutralizar el complot de los esclavos. Pero no fueron sino las adhesiones de otras dos destacadas personalidades de la época, lo que dio mejores perspectivas de éxito al movimiento: nos referimos al César Juan Ducas, hermano del difunto emperador Constantino X y tío de Miguel VII Parapinaceo, y a Jorge Paleólogo, esposo de Ana Ducas⁵⁸.

Desde aquél día, los acontecimientos comenzaron a cobrar una velocidad vertiginosa, en gran medida debido a la practicidad y a la falta de escrúpulos de las mujeres más influyentes del gineceo. La primera en tomar la delantera fue la madre de los Comneno, Ana Dalasseno. Preocupada por que los rumores de la revuelta se filtraran hasta los oídos del emperador, la noble dama se las ingenió para sacar a sus hijos de la ciudad y buscar refugio junto con el resto de los suyos, en condición de asilados, en el templo de San Nicolás⁵⁹, muy cerca de Santa Sofía.

La réplica de Nicéforo Botaniates llegó al despuntar el alba del nuevo día. El emperador se reunió con el senado y a al cabo de una calurosa discusión, los notables resolvieron enviar una delegación para traer de regreso a las mujeres que se habían asilado en San Nicolás. No obstante, Ana Dalasseno consiguió evadirse hasta el altar mayor de la gran iglesia, desde dónde rompió en gritos: “*No saldré de este santo templo, a menos que me corten las manos o que reciba la cruz del emperador a modo de garantía de mi salvación*”⁶⁰. La esposa de Isaac y sobrina de María de Alania, entretanto, se ocupó de dejar bien en claro ante la embajada que ni ella ni el resto de las demás mujeres saldrían del templo sin el consiguiente salvoconducto, salvo que las sacasen muertas del lugar. A los delegados imperiales no les quedó más remedio que regresar a palacio en busca de la cruz del emperador.

Nicéforo Meliseno propone dividir el Imperio.

⁵⁷ Al decir de Ana Comneno, Borilo codiciaba el trono y laboraba con Germano en procura de ello. De allí la fuente de su odio hacia su padre y su tío.

⁵⁸ Ana Ducas era hija de Andrónico Ducas, el traidor de Mantzikert, y de María de Bulgaria.

⁵⁹ Conocido como el Refugio, se trataba del lugar al que usualmente acudían aquéllos sujetos a persecución en busca de asilo.

⁶⁰ Ana Comneno, “*La alexiada*”, Libro II, V, 6.

Estando los debates en torno a la legalidad del golpe de los Comneno en su estado de mayor efervescencia, llegó a Tzurulón un mensajero procedente de Asia Menor. Las noticias que traía no eran para nada halagüeñas, tanto más por cuanto en el seno de las deliberaciones que se estaban allí sucediendo, los presentes aún no se ponían de acuerdo acerca de quién sería proclamado como nuevo basileo: si Isaac, a quien apoyaban algunos, o Alejo, que contaba con las simpatías del grueso del ejército de Occidente (Europa).

Gracias a Ana Comneno podemos conocer los términos de la carta que el mensajero depositó en las manos de los Comnenos: *“Dios me ha conservado incólume con el ejército que está bajo mi autoridad hasta Damaris. Me he enterado también de lo que os ha ocurrido: que gracias a la protección que Dios os ha dispensado en contra de la perversidad de aquellos esclavos y sus terribles intrigas, pudisteis planear vuestra salvación. Como, gracias a Dios, yo también soy pariente y aliado vuestro⁶¹ y como por mis opiniones y por mi firme alineamiento a vuestro lado no desmerezco de ninguno de los que son parientes vuestros por la sangre, como bien sabe Dios, que todo lo juzga, debemos mirar por nuestro bien común, procurarnos seguridad y fortaleza para no ser sacudidos por cualquier viento y marchar sobre posiciones seguras mediante la correcta dirección del Imperio. Todos estos objetivos estarán a nuestro alcance, si, tras la toma de la ciudad, con el consentimiento de Dios, uno de vosotros es proclamado emperador y gobernáis mediante él la parte occidental, y permitís que me sea cedido el gobierno de Asia junto con el derecho a portar la corona, vestir la púrpura y ser aclamado según el protocolo habitual de los emperadores en compañía de aquél que haya sido proclamado de vosotros, de modo que nuestra aclamación sea común y, aunque hayamos dividido espacios y competencias, el criterio de gobierno sea uno y el mismo. Si nos organizamos así, podríamos los dos administrar el Imperio sin revueltas”⁶²*. Aunque la hija de Alejo bien se ocupa de señalar el carácter aproximado de dicha carta, de lo que no caben dudas es que lo que pretendía Meliseno era una partición del Imperio al estilo Diocleciano, o más precisamente, a la manera de Teodosio I. Las provincias europeas serían regidas por un Comneno con sede en Constantinopla, mientras que los territorios asiáticos pasarían a ser administrados por él mismo.

El plan, analizado hoy con la ventaja que el tiempo nos otorga, no parecía una idea descabellada. El Imperio era un resabio de la grandeza y el esplendor de otrora, hecho jirones por doquier a causa de la ineptitud de los últimos emperadores y de la nube de usurpadores que se había levantado tras la batalla de Mantzikert. La sección europea había ido decantando progresivamente desde varios pretendientes a tan solo dos, Alejo o Isaac y Botaniates, y aunque existían aún amenazas potenciales en los pechenegos y normandos, estaba muy lejos de ser el caos que era Oriente. Sin embargo, aun estaba pendiente un enfrentamiento a modo de guerra civil, que resolviera el pleito en torno a quien se quedaría con Constantinopla. Hacia el Este, entretanto, la situación era muchísimo más compleja. Cada usurpador que se había ido levantado contra el gobierno central, había hecho concesiones al único poder capaz de respaldar con soldados sus aspiraciones: los turcos selyúcidas. Tales concesiones por lo general habían consistido en la entrega de tierras o en el reclutamiento de bandas enteras en calidad de

⁶¹ Efectivamente, Nicéforo Meliseno era pariente de Alejo e Isaac Comneno, ya que estaba casado con Eudocia, hermana de ambos.

⁶² Ana Comneno, *“La Alexiada”*, Libro II, VIII, 2.

guarniciones. Y poco a poco, casi de manera imperceptible, las ciudades, grandes y pequeñas, habían ido pasando a manos sarracenas hasta el mismo litoral egeo⁶³. Más enfrascado que nunca en apaciguar Occidente bajo su égida, a Alejo hasta le hubiese convenido que otro bizantino se dedicara a recuperar parte de Asia Menor. En cualquier caso, habría habido tiempo después para intentar una reunificación apelando a matrimonios arreglados o inclusive, a las armas. Pero Alejo, por sobre todas las cosas, amaba a su patria y no concebía la idea de dividirla. Tampoco pensaba que el desafío de ocuparse él solo de restaurar el Imperio fuera una labor titánica que superase sus cualidades de estratega y estadista.

Por fin, la cuestión de Meliseno fue resuelta casi al mismo tiempo que Alejo era proclamado en Tzurulón por sobre la figura de su hermano Isaac: se delegó el asunto a un secretario del primero, un tal Jorge Manges, que debió ocuparse a continuación de la atención de la embajada y de la respuesta a sus requerimientos. Y Jorge optó inteligentemente por ganar tiempo mientras su señor proseguía con los preparativos para conquistar Constantinopla.

Alejo se apodera de Constantinopla.

Sin máquinas de sitio para realizar un intento serio contra las murallas de la capital imperial y con un ejército poco confiable por lo heterogéneo de su composición, Alejo Comneno se inclinó por el soborno para intentar ganar alguna de las puertas de la ciudad. Con ese propósito se presentó en Constantinopla junto con el César Juan Ducas, y a una distancia prudencial de las saeteras, ambos se pusieron a evaluar los puntos más vulnerables de las defensas y las características de las guarniciones acantonadas en ellos. Así pudieron observar cómo las principales puertas y las torres adyacentes habían sido confiadas a los diferentes regimientos que aún respondían a las órdenes de Botaniates: la guardia varega, los soldados de Coma, los Inmortales y los Nemitzos, entre otros. A partir de allí, le correspondió al ojo avisador de Juan Ducas, hasta hacía poco el líder indiscutido, juzgar el grado de lealtad potencial de cada uno de ellos respecto del anciano emperador. Y de su análisis resultó que los Nemitzos, un cuerpo selecto de soldados de origen germánico, eran los más indicados para probar suerte. Así, pues, se despachó a un hombre de confianza del César para intentar contactar al jefe de los alemanes, Gilpracto, y, acorde a cómo fuera su respuesta, ultimar detalles.

Mientras estos hechos tenían lugar, la embajada de Nicéforo Meliseno, que ya llevaba varios días esperando en vano por la respuesta de Jorge Manges, se empezó a impacientar. Sus integrantes sospechaban con razón que habían sido objeto de una maniobra dilatoria deliberadamente planificada por su anfitrión y no deseaban seguir aguardando, sabedores que la demora no hacía más que socavar los derechos de Meliseno. La confirmación por parte de Gilpracto de su voluntad de avenirse a los planes de Alejo selló finalmente la suerte de la embajada del general oriental. Entonces los delegados pudieron al fin conocer la contestación del Domésticos de Occidente y la misma fue contundente; decía, mas o menos, que con Constantinopla a punto de caer como una fruta madura en su poder, no había necesidad de dividir ya al Imperio. En consecuencia, la embajada preparó sus petates y, con las manos vacías, retornó a Asia Menor.

⁶³ Para la época en que los hermanos Comneno discutían el futuro del Imperio en Tzurulón, Suleiman ibn Kutulmish, un pariente del sultán Malik Shah, conquistaba la ciudad de Cízico, sobre el mar de Mármara.

La estratagema de Alejo, mientras tanto, había determinado que el Domésticos formara a su ejército frente al sector de las murallas que estaba guarnecido por los Nemitzos. Allí, conforme lo arreglado de palabra por Jorge Paleólogo y Gilpracto, los defensores debían abrir las puertas a una señal del primero, quien a continuación se filtraría con sus hombres a la ciudad para abrir a su vez las puertas al ejército de Alejo. Por tanto, siguiendo a pie juntillas con el plan, Jorge Paleólogo ingresó en la ciudad antes del anochecer y con la claridad del alborar, le siguieron los Comnenos y sus secuaces.

En el interior de la ciudad, Nicéforo Botaniates acababa de solucionar la crisis de las mujeres nobles enviándoles su cruz como garantía y confinándolas en el monasterio de las mujeres de Petria, cuando se enteró de que las tropas de su oponente se abrían paso por la puerta de Adrianópolis⁶⁴. Ya nada se interponía entre él y los sitiadores, excepto el ansia de pillaje de éstos últimos, que desafortunadamente se derramaría por las calles sin contemplaciones de ningún tipo. Y claro, alguno que otro lugarteniente y partidarios que todavía daban muestras de lealtad, como Nicéforo Paleólogo, el padre de Jorge⁶⁵. Por tal motivo, y pese a la reticencia de Nicéforo Paleólogo, quien aún pretendía resistir, el basileo prefirió la opción de una salida negociada que le asegurara un buen pasar hasta el final de sus días. Antes de despachar a la comitiva, se encargó de remarcar una vez más su deseo de ceder el poder efectivo a un co-emperador, que sería Alejo, sin perder él la condición de basileo.

Nicéforo Paleólogo, al frente de la comitiva, partió raudo al encuentro del Domésticos, confiado en su buena estrella y en el ascendiente moral de su apellido. A medida que avanzaba por las calles de la ciudad, pudo percatarse del grado de dispersión de las tropas de Alejo, entretenidas en saqueos y violaciones y, por tanto, vulnerables a un oportuno contraataque. Pero Botaniates ya había manifestado su intención de evitar la guerra civil, por lo que el embajador siguió su marcha mordiéndose los labios a causa de la frustración. Por fin, en un punto cercano a la acrópolis de Constantinopla, pudo entregar el mensaje del basileo a los Comnenos, quienes se mostraron de acuerdo con los términos y condiciones de la misiva. Mas solo bastó que el César Juan Ducas se enterara del supuesto arreglo para que estallara en cólera, y despachara a Nicéforo Paleólogo con las manos vacías. El tiempo para negociar, en su opinión, había pasado ya. Cuando el padre de Jorge se alejó entre el humo de los incendios y el clamoreo de las víctimas, estaba claro que no habría más que un solo emperador para Constantinopla.

El reinado de Nicéforo Botaniates toca a su fin.

Hubo alguien más que, como Nicéforo Paleólogo, tuvo la capacidad de darse cuenta que la lucha aún no estaba del todo perdida. El esclavo Borilo, hasta entonces entregado a saquear a sus vecinos aprovechando la confusión reinante, observó la

⁶⁴ Inclusive antes de la entrada de Alejo en la ciudad, Botaniates había resuelto que si alguien habría de sucederle en esas circunstancias, ese sería Nicéforo Meliseno. Sin embargo, su emisario fue interceptado en el puerto por Jorge Paleólogo, cuando la flota estaba a punto de partir hacia Oriente para cumplir con el mandato del basileo.

⁶⁵ La última etapa de desintegración y decadencia, previa a la ascensión al trono de Alejo I Commeno en 1081, llegó inclusive a ver cómo los padres se enfrentaban a sus propios hijos en las luchas por el poder.

debilidad circunstancial del enemigo, ceñida a un grado de dispersión extremo. Corrió pues hacia el sector del punto cero⁶⁶, adonde consiguió reagrupar algunos regimientos pertenecientes a los soldados de Coma y a los Inmortales, y los conminó a seguir resistiendo. La excusa era, obviamente, resguardar los derechos de Botaniates frente a los del usurpador, pero al cabo, resultó que quien daba sustento legal a sus pretensiones había decidido tonsurarse a instancias del patriarca de Constantinopla.

En efecto, cuando aún el basileo daba vueltas al asunto de si abdicar definitivamente o no, recibió la visita inesperada del patriarca ecuménico, Cosme I Hierosolimites (1075-1081). Y en la reunión que mantuvieron a solas, éste último le imploró un gesto de grandeza que evitase el derramamiento de sangre cristiana. Nicéforo Botaniates, que estaba demasiado anciano ya para mostrarse agresivo y, muy a su pesar, sin un descendiente natural que le sucediera, no puso reparos cuando el hombre de Dios terminó de pincelar el desolador cuadro de una Constantinopla mancillada a causa de la ambición y el egoísmo de unos pocos. A continuación se marchó a Santa Sofía para asilarse y aguardar por el desarrollo de los acontecimientos.

No obstante, el aún vigente basileo todavía se resistía e enviar a sus adeptos una señal clara que expresase rotundamente su voluntad de abdicar. Y si bien Constantinopla había sido saqueada por propios y extraños desde la víspera, la cosa no había pasado más allá del pillaje y las violaciones. La posibilidad latente de una guerra civil era un asunto mucho más serio que se podía materializar en cualquier momento si los antiguos partidarios de Botaniates no se daban por enterados del cambio de autoridades. En consecuencia, Alejo Comneno se apresuró a preparar una delegación, con la intención de ubicar a Botaniates para conminarle a vestir el hábito de monje.

La entrevista tuvo lugar en el monasterio de Periblepto, adonde se había refugiado el anciano basileo. Allí, los embajadores del Doméstico de Occidente pudieron presenciar la tonsura de Nicéforo III y verle, por fin, vestir el hábito negro. El reinado de Botaniates concluía sin pena ni gloria, junto con un nefasto ciclo de enfrentamientos fratricidas.

El final de una etapa. Conclusión.

A la luz de los hechos, en 1081 se cerró mucho más que un irrelevante reinado de un emperador insignificante. En efecto, desde la muerte de Basilio II “el Matador de Búlgaros” (963-1025), mucha agua había pasado bajo el puente: la incorporación de Armenia y el consecuente éxodo de gran número de armenios a Cilicia y Capadocia, la derogación de una parte sustancial de los códigos legales contra el latifundio, el fallido intento de recuperar Sicilia en tiempos de Maniakes, la invasión normanda de Italia, Miguel Cerulario y el cisma de 1054, los sucesivos recortes en el presupuesto militar dispuestos por el partido de los burócratas, el colapso del sistema de *themes* a partir de la desaparición gradual de los soldados campesino o *estratiotas*, la nefasta influencia de Miguel Psellos en los asuntos estadales, el encumbramiento del clan Ducas vía Constantino X, el reemplazo de un ejército nativo por otro de mercenarios, el crecimiento descomunal de la burocracia, la irrupción de los turcos selyúcidas, Mantzikert, la caída del último reducto italiano en manos de los normandos (1071), el

⁶⁶ El Million, aquél punto a partir del cual se medían las distancias en todo el Imperio, estaba ubicado a escasos metros de Santa Sofía. En la actualidad solo se conservan las ruinas de un arco triunfal.

levantamiento de Roussel de Bailleul, la aparición de sucesivos pretendientes al trono, Calavrytae y Vardar, las invasiones de los pechenegos, y una increíblemente extensa saga de emperadores ineptos y débiles, cuando no corruptos y crueles, fueron, en su conjunto, una abrumadora carga que los escasos éxitos obtenidos en el mismo período no consiguieron compensar o neutralizar en absoluto. El renacimiento cultural en tiempos de Constantino IX Monómaco (1042-1055), la habilidad literaria de Miguel Psellos y los esfuerzos restauradores focalizados en la escuela de Derecho y a cargo de Juan Mauropos y Xifilinos, en tanto que logros considerables, quedaron a la sombra de los males padecidos entre 1025 y 1081. De pronto, un Imperio que había crecido casi duplicando su superficie con la incorporación de Bulgaria, Servia, Armenia y partes del Jezireh y Siria (más Creta y Chipre si contamos los reinados de los dos antecesores inmediatos de Basilio II), parecía al poco tiempo de Mantzikert, una entidad abúlica y anodina dispuesta a sacrificarlo todo en pos del buen pasar de sus clases gobernantes.

No caben dudas de que el golpe de estado dirigido por los desesperados jefes militares de Anatolia con Nicéforo III a la cabeza, comenzó a marcar una tendencia en 1078: el triunfo final de la aristocracia militar, que se obtendría a costa de enormes perjuicios. Sería un período de dolorosas lecciones sin aprendizaje: diez años de guerra fratricida, con los diferentes aspirantes al trono bizantino aniquilándose entre sí (Meliseno, Brienio y Basilacio) o conteniendo contra el joven general de Botaniates, se encargarían de demostrar que la paciencia y el oportunismo muchas veces son armas mucho más efectivas que la guerra. Los turcos, que a falta de soldados indígenas habían sido instalados por los propios bizantinos como provisoria guarnición de las grandes metrópolis del Asia Menor, se consagraron a la tarea de conquistarlas una a una: Teodosiópolis, Melitene, Neocesarea, Sebastea, Iconio, Cesárea Mazacha, Esmirna, Nicea... la lista era interminable. Hacia 1081, únicamente las ciudades de Trebizonda, Amastris, Sínope y Antioquia y la fortaleza de Castra Comnenon o Kastamuni, permanecían en poder de los bizantinos.

La rápida conquista turca de Anatolia y el sugestivo silencio con que se la había obtenido, delataban la complicidad involuntaria de los necios gobernadores militares y de los *dunatoi* de los *themas* orientales. Tal cual parecía, los selyúcidas habían conseguido en cuestión de años lo que se les había negado a los “civilistas” en decenios: en los albores del siglo XII no quedaba en pie un solo *thema* asiático de los casi veinte que existieran en la época de Basilio II Bulgaróctonos.

El ascenso final de la aristocracia militar, consolidada bajo Alejo I Comneno, el antiguo general de Miguel VII Ducas, supuso la derrota final del partido civilista. Pero también determinó de manera irreversible el colapso de la pequeña propiedad. Para ese entonces el Imperio Bizantino se estaba convirtiendo en algo así como un cementerio de formaciones económicas y sociales: su evolución histórica se había “devorado” primero la *esclavitud* para después engullirse también a los soldados campesinos y pequeños labradores libres. La aristocracia militar había finalmente triunfado y los nuevos emperadores que procedían de sus filas ya no iban a cambiar la ideología dominante, que era precisamente aquella que arrastraban de su pasado latifundista.

Con todo lo malo que había pasado e iba a pasar aún, la nueva dinastía de los Comneno, con Alejo como abanderado, se encargaría de devolver al Imperio su pretérita gloria. Ya nada sería igual a partir de la tonsura de Botaniates, aunque al nuevo basileo le iba a llevar unos diez años más encauzar las tornas con golpes frenéticos de timón.

Eso sí, Bizancio tendría mucha más suerte con los sucesores inmediatos de Alejo, Juan II, su hijo, y Manuel I, su nieto, que antes, con los de Basilio II. Lo que en suma también tendría un efecto positivo a largo plazo, al permitir consolidar el proceso de restauración iniciado por aquél a partir de 1081.

Autor : Guilhem W. Martín. ©

Cuadro Sinóptico. Línea de tiempo 1025 – 1081.

1025: 15 de diciembre. Muere Basilio II Bulgaróctonos de causas naturales. Le sucede su hermano **Constantino VIII**.

1028: 12 de noviembre. **Romano III Argiro** es proclamado nuevo emperador luego de casarse con Zoe, la segunda hija del difunto Constantino VIII.

1034: Muere Romano III posiblemente asesinado a instancias de su mujer. Es sucedido por **Miguel IV**, nuevo esposo de Zoe.

1038: Miguel IV envía a Jorge Maniakes a conquistar Sicilia. La invasión termina en ignominiosa retirada dos años más tarde, a causa de las desinteligencias entre sus líderes.

1040: Zoe adopta al sobrino de su marido, el futuro Miguel V. Los búlgaros se sublevan bajo el mando de Pedro Deljan y Alusian, pero son derrotados.

1041: **Miguel V**, el hijo adoptivo de Zoe, sucede a su tío en el trono. Juan Orfanotropo es enviado al exilio.

1042: Una rebelión popular destrona a Miguel V y reinstala a **Zoe**, que gobierna ahora junto con su hermana **Teodora**. En junio Zoe se casa con Constantino Monómaco, quien se convierte en nuevo basileo con el nombre de **Constantino IX**. Jorge Maniakes se rebela en Italia, proclamándose emperador. Muere poco después tras vencer a un ejército imperial sobre la Vía Egnatia.

1045: Florecimiento cultural. Revitalización de la universidad de Constantinopla, a cargo de importantes intelectuales de la talla de Miguel Psellos, Juan Xifilinos, Juan Mauropos y Constantino Leicudes. El imperio incorpora la capital Armenia de Ani en virtud de un tratado con el Catolicós de esa ciudad.

1047: Los turcos selyúcidas saquean Teodosiópolis, acaudillados por Ibrahim Inal, hermanastro de Tugril Beg.

1050: Muerte de Zoe.

1052: Saqueo de Melitene por los selyúcidas.

1053: En Italia, los normandos derrotan a un ejército combinado de alemanes y papistas en la localidad de Civitella.

1054: Cisma de Oriente. Bulas de excomuniación cruzadas entre el cardenal Humberto y el patriarca Miguel Cerulario. Tugril Beg toma Arjish y pone sitio a Mantzikert.

1055: Muere Constantino IX tras una larga enfermedad. **Teodora** por segunda vez en el trono.

1056: Teodora fallece de causas naturales. Es sucedida por **Miguel VI Stratioticus**. Se intensifican las políticas pro-senatoriales y burócratas en detrimento del ejército y de sus altos cargos.

1057: **Isaac Comneno** es proclamado emperador tras la abdicación de Miguel VI. Enfrentamientos con el patriarca Miguel Cerulario le cuestan gran parte de su popularidad.

1059: Isaac I Comneno muere a causa de una extraña enfermedad, habiendo escogido como sucesor a **Constantino X Ducas**.

1063: Muerte de Tugril beg, el primer sultán de los grandes selyúcidas. Es sucedido por su sobrino Alp Arslan.

1065: Los selyúcidas invaden Armenia y capturan Ani. Romano Diógenes derrota a los pechenegos cerca de Sofía.

1066: Los uzos invaden la provincia bizantina de Paristrum.

1067: Saqueo de Cesarea Mazacha por los turcos de Alp Arslan. Muerte de Constantino X. Su esposa se casa con un miembro del partido militar que es proclamado emperador con el nombre de **Romano IV Diógenes**, el 1º de enero de 1068.

1070: Er-Sighun, cuñado de Alp Arslan, derrota a Manuel Comneno al norte de Siria.

1071: Con la conquista de Bari, los normandos expulsan definitivamente de Italia al último gobernador bizantino. En Mantzikert los turcos selyúcidas derrotan y capturan al emperador Romano IV Diógenes. **Miguel VII Ducas** es proclamado emperador con el apoyo de su familia y la connivencia de Miguel Psellos.

1072: Junio. Romano es cegado por orden del César Juan Ducas (o Miguel VII). Muere de sufrimiento poco tiempo después, para regocijo de los senadores y burócratas. El sultán Alp Arslan es sucedido por Malik Shah. Suleimán Ibn Kutulmish se instala en Asia Menor.

1073: La inflación comienza a carcomer el valor de la moneda bizantina. El normando Roussel de Bailleul se proclama gobernador independiente en Capadocia y ocupa Amasea.

1074: Batalla del Puente Zompos. Bailleul derrota a un ejército enviado para apresarle.

1075: Alejo Comneno, con la colaboración del turco Tutac, apresa a Roussel. La aventura normanda en Capadocia toca a su fin.

1077: Revuelta de Nicéforo Brieno, que se proclama basileo en Adrianópolis. Nicéforo Botaniates se levanta en armas en Asia Menor.

1078: El descontento popular obliga a Miguel VII Ducas a abdicar. **Nicéforo III Botaniates** le sucede en el trono. Batalla de Calavrytae: el general de Botaniates, Alejo

Comneno, derrota y captura a Brienio. Revuelta de Basilacio. Batalla del Vardar. Alejo toma prisionero a Basilacio.

1079: Nicéforo III propone a un pariente suyo, Synadenos, como sucesor, ignorando los derechos de Constantino Ducas, su hijastro.

1080: Asia Menor, salvo unas pocas urbes del litoral, yace en poder de los turcos selyúcidas.

1081: Los selyúcidas capturan Cízico, a orillas del Mar de Mármara. Revuelta de Alejo Comneno. Nicéforo Meliseno se levanta en armas en Asia Menor, proponiendo la división del Imperio. Nicéforo Botaniates abdica y es reemplazado por **Alejo I Comneno**.

Nota: En **violeta** se indican los años en que se registraron cambios de emperadores y el nombre de los nuevos.

Fuentes documentales:

Miguel Psellos, *Vida de los Emperadores de Bizancio o Cronografía*, Editorial Gredos S.A., 2005, ISBN 84-249-2754-0.

Miguel Ataliates, *Historia*, versión digitalizada en griego.

Ana Comneno, *La Alexiada*, Editorial Universidad de Sevilla, traducción a cargo de Emilio Díaz Rolando, ISBN 84-7405-433-8.

Steven Runciman, *Historia de las Cruzadas*, Vol. I, Alianza Universidad, versión española de Germán Bleiberg, 1980, ISBN 84-206-2059-9.

Franz Georg Maier, *Bizancio*, Siglo Veintiuno Editores, 6ta. Edición, 1983, ISBN (volumen trece) 988-23-0496-2.

E. Patlagean, A. Ducellier, C. Asdracha y R. Mantran, *Historia de Bizancio*, Crítica Barcelona, 2001, ISBN 84-8432-167-3.

Warren Treadgold, *Breve Historia de Bizancio*, Paidós, 2001, ISBN 84-493-1110-1.

Carlos Diehl, *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*, Espasa-Calpe SA, Colección Austral, 1963.

John Julius Norwich, *Breve Historia de Bizancio*, Cátedra Historia Serie Mayor, 1997, ISBN 84-376-1819-3.

Jean Pierre Alem, *Armenia*, Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba), 1963.

Johannes Lehmann, *Las Cruzadas, Los Aventureros de Dios*, Ediciones Martínez Roca S.A., 1989, ISBN 84-270-1352-3.

Mijail Zabarov, *Historia de las Cruzadas*, Biblioteca de la Historia, Akal Editor, 1985, ISBN 84-7291-8205.

Claude Cahen, *El Islam, desde los orígenes hasta los comienzos del Imperio Otomano*, Editorial Siglo Veintiuno, 1975, ISBN 83-323-0020-9

Joseph M. Walter, *Historia de Bizancio*, Edimat Libros S.A., ISBN 84-9764-502-2.

Emilio Cabrera, *Historia de Bizancio*, Ariel Historia, 1998, ISBN 84-344-6599-X.

Georg Ostrogorsky, *Historia del Estado Bizantino*, Akal Editor, 1984.

Alexander A. Vasiliev, *Historia del Imperio Bizantino*, Libro dot.com, versión digital.

Norman H. Baynes, *El Imperio Bizantino*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, 1974.

Roberto Zapata Rodríguez, “*Italia Bizantina, Historia de la Segunda Dominación Bizantina en Italia, 867-1071*”, Asociación Cultura Hispano-Helénica, versión revisada por Eva Latorre Broto, 2007, ISBN 9788487724022.

Salvador Claramunt, *Las Claves del Imperio Bizantino 395-1453*, Universidad de Barcelona, 1992, ISBN 84-320-9227-4.

The History Collection, University of Wisconsin Digital Collection, *Crusades*. <http://digicoll.library.wisc.edu/cgi-bin/History/History-idx?id=History.CrusTwo>.

Medieval History. *Debauchery at Mantzikert, 1071: Prelude to the Crusades*. Versión digital.

Paul Magdalino, *The Byzantine Background to the First Crusade*, Canadian Institute of Balkan History, 1996.

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

